

Reseñas críticas

A propósito de Miranda Lida, **Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el XX**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2015, 272 pp.

En su libro **Historia del catolicismo en la Argentina**, Miranda Lida pone en juego su notable capacidad de síntesis y versatilidad para restituir un objeto amplio y heterogéneo: el catolicismo en la Argentina entre los Concilios de 1870 y el de 1962. La autora ingresa al objeto de estudio desde diferentes aristas: al tiempo que dialoga con las clásicas tesis sobre el catolicismo en nuestro país, propone una lectura original y alternativa al problema y logra ofrecer una mirada panorámica de larga duración. Este trabajo integra la colección de Historia y Cultura, dirigida por Luis Alberto Romero. Es un trabajo de largo aliento, resultado de muchos años de investigación, que da cuenta del buen manejo del período que tiene su autora, constituyéndose en una obra fundamental para quienes trabajan el mundo católico en la Argentina. Sobre esto último, una salvedad: el verdadero escenario de las indagaciones de Lida está en Buenos Aires y no en la Argentina en su totalidad —más allá de algunas menciones dispersas sobre lo que sucedía en ciudades importantes como Córdoba y Rosario.

En el trabajo subyace la idea de que el mundo católico no ha sido un bloque uniforme, por el contrario, fue y es intrínsecamente dinámico y heterogéneo. En esta dirección, la investigación se inscribe en una línea de estudios que de un tiempo a esta parte han intentado dar cuenta de procesos históricos complejos, buscando trascender el paradigma clásico de la secularización —que postulaba la incompatibilidad entre religión y modernidad. Tal como Lida postula en la introducción, su investigación procura hilvanar una teoría religiosa más allá de la secularización. De este modo, busca escribir una historia del catolicismo argentino que no se limite a hablar de la religión en sí misma, en definitiva, “*exclaustrar* la historia del catolicismo”. En este sentido, y aunque el objetivo global del trabajo parezca *a priori* ambicioso, efectivamente logra escribir una historia cultural, social y hasta política del catolicismo local. A su vez, pone de relieve que, en nuestro país, el catolicismo tiene marcas transnacionales, provenientes de múltiples centros, con peso relativo.

A lo largo del texto Lida restituye el papel de la Iglesia, del catolicismo y de un importante número de actores: clérigos, laicos, inmigrantes, mujeres, no católicos, trabajadores, intelectuales, entre otros. El trabajo significa un gran aporte ya que, abordando un objeto vasto, brinda herramientas para comprender los cambios acaecidos en la Argentina moderna. A través de un cuidadoso y armónico relato, da cuenta de los modos en que fue teniendo lugar la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad y sobre todo, no deja de poner en relieve las implicancias políticas que derivaron de dicha relación. Lida, a través de su investigación, nos ilumina sobre cómo la Iglesia acompañó las transformaciones de su tiempo, aunque por momentos estos cambios tuvieran ritmos más acelerados, sobre todo considerando que la institución eclesial hundía sus raíces en la época colonial.

Un elemento que subyace a todo el trabajo y que debemos remarcar es que, para poder comprender cabalmente al catolicismo en la Argentina, es necesario inscribirlo en su relación con otros espacios geográficos y ponderar el peso que tuvieron éstos en su desarrollo singular. La autora destaca que una característica que define al catolicismo en nuestro país es el cosmopolitismo múltiple. En este sentido, si bien el papel de Roma será crucial en todo el período de tiempo abordado, también Francia tendrá un peso fundamental desde 1890 en adelante, de allí que el concepto de “romanización” resulte poco explicativo. Con el correr del tiempo, Lida pone de

relieve cómo fueron menguando centros de influencia que otrora tuvieron más peso y surgiendo otros nuevos, tales como Estados Unidos, Colombia, México y Brasil.

Por otra parte, la contextualización y la temporalidad están construidas a partir del objeto de estudio y no al margen de éste. El recorte temporal está asociado a los ritmos que afrontó el catolicismo a escala internacionales como fueron tanto el I° como II° Concilio Vaticano. En este sentido, se diferencia de otra historiografía que enmarcaba su temporalidad a partir de acontecimientos políticos.

El trabajo se basa en un extenso y heterogéneo corpus documental. La autora demuestra un buen conocimiento de la prensa gráfica católica de la época, a la vez que incorpora folletines, boletines y material producido por diversas asociaciones, entre muchas otras fuentes. Las fuentes escritas posibilitaron restituir las diversas maneras en que circulaban sentidos y se propalaban significados entre el público lector, algunas de ellas más “procesadas” —como el caso de **El Pueblo**—, otras más “sofisticadas” y “eruditas” —como **Criterio**. Lida repara en un fenómeno nada desdeñable para la Argentina de aquellos años: la multiplicación de los públicos lectores, situación en parte propiciada por la proliferación de la prensa diaria, de bibliotecas y de editoriales. El libro articula introducción, nueve capítulos y un “epílogo sin final”, tal como la autora lo llama, que instala un abanico de preguntas que son tierra fértil para futuras indagaciones. A través de aquél, consigue restituir fenómenos de diverso orden —relaciones entre diferentes centros, constelaciones de católicos nucleados en asociaciones de diversa naturaleza, importancia de ciertas figuras, circulación de la palabra escrita— que estuvieron implicados en el proceso de consolidación del catolicismo en la Argentina moderna. A lo largo de los nueve capítulos se alcanza una visión cabal del proceso, combinando temporalidades y escalas de análisis diversas. Aborda el proceso de “europeización” que sufre el catolicismo local, destina un capítulo entero a la publicación católica **Criterio** y restituye, a través de seguir la figura de Gustavo Franceschi, el universo cultural de los intelectuales católicos; trabaja sobre asociaciones católicas como los Círculos de Obreros, la Liga Democrática Cristiana, la Juventud Obrera Católica, las Vanguardias Obreras Católicas, la Acción Católica, entre otras; aborda el advenimiento del peronismo y su relación con el catolicismo. Para poner en evidencia la masificación y la movilización de católicos en las calles, la autora trabaja sobre concretos eventos, tales como los Congresos Eucarísticos Nacionales, la “Gran Colecta Nacional”, el Congreso Eucarístico Internacional, entre otros. Como ya se mencionó, Lida se centra en determinadas figuras que a lo largo del periodo serán importantes para el catolicismo local, como el aludido Franceschi o Monseñor De Andrea. Aunque todos esos elementos no son desconocidos por la historiografía en nuestro país, es la reconstrucción, relación y contextualización específica que plantea Lida en su trabajo la que ofrece un panorama novedoso, fructífero e ineludible para quien se dedique a estos temas.

Para finalizar, el trabajo logra demostrar la complejidad que guarda la relación entre el catolicismo y una sociedad cuyos cambios fueron cada vez más acelerados hacia fines del siglo XIX y mediados del XX. Constituye un gran aporte a la historia del catolicismo, una historia que no sólo se centra en los hombres de fe sino que pretende ampliar el foco e iluminar un problema a través de individuos nucleados en asociaciones, de ceremonias masivas, de intercambios locales y transnacionales, de mutaciones urbanas y económicas, de la constitución de movimientos de trabajadores y políticos, entre otros. Lida toma un tema de enorme interés para comprender la Argentina moderna y, con agudeza, repone un panorama complejo, heterogéneo, con matices diversos y nos permite adentrarnos en el mundo del catolicismo de nuestro país.

María Victoria Núñez
(IDACOR-CONICET)

A propósito de Enrique Condes Lara, **Atropellado Amanecer: el comunismo en tiempos de la revolución mexicana**, Puebla, México, BUAP, 2015, 569 pp.

El “amanecer” del comunismo mexicano se encuentra expuesto en la más reciente obra de Enrique Condes Lara. Autor conocido por su trabajo sobre los últimos años de vida del Partido Comunista (PCM) y por una amplia trilogía sobre las estrategias de la represión en México, Condes Lara entrega ahora un voluminoso texto donde expone, sobre la base de investigación documental y bibliográfica amplia, sus principales argumentos de interpretación del fenómeno comunista en México, así como las derivas que éste tuvo a lo largo de sus primeras tres décadas de vida. La amplia constelación de señales que ofrece permite realizar una evaluación crítica de su trabajo, que sin duda alguna, será un referente en investigaciones futuras.

Comenzaré señalando las dos hipótesis más importantes, que a mi parecer, se juegan en el entramado del texto. La primera de ellas versa sobre el carácter eurocéntrico del marxismo-leninismo y su poca o nula posibilidad de comprensión de las sociedades no europeas (una imposibilidad de ser “traducido” a otros contextos). Dicha clave interpretativa explicaría para nuestro autor la debilidad del movimiento comunista mexicano al momento de enfrentarse con herramientas inadecuadas al entendimiento de la sociedad. La segunda de ellas versa sobre el proceso de recepción del comunismo no como movimiento político (que estaría encarnado en el PCM), sino en las instituciones creadas al calor de la revolución mexicana.

Condes Lara efectivamente se despega de toda una corriente de interpretación que ha querido dar un giro de tuerca más sobre el tema del eurocentrismo pues, desde su punto de vista, Marx, Engels, los teóricos de la socialdemocracia y hasta Lenin, tuvieron un horizonte plenamente occidental, europeo y “civilizatorio”. Contrario a una amplia gama de investigadores (ausentes en las referencias) que han relativizado el tema de la visión centralmente europea de Marx, observando la potencialidad de los atisbos a propósito de las sociedades no europeas o no plenamente capitalistas, insiste en esta línea de investigación: el empeño por demostrar la ceguera de Marx les impide observar desarrollos en el mismo autor clásico y en un marxismo periférico que ha andado largo camino sobre las vías no desarrollistas y no progresistas —que rechazan la linealidad de la historia y apelan a la pluralidad del tiempo histórico— de la historia.

Posterior a esta intervención teórica, Condes Lara expone las principales coordenadas que dan nacimiento al México moderno. Se trata de la parte más voluminosa del libro y que conecta la interpretación del hecho histórico con los elementos que dan origen al nacimiento del comunismo. Este último aspecto también es tratado por el autor, haciendo uso de la ya abundante bibliografía que existe, tanto “oficial” como alternativa. Quisiéramos centrarnos en lo que nos parece el capítulo más importante de la obra que ahora comentamos.

Así, pues, consideramos que el capítulo central del libro es el titulado “Cómo se filtró el marxismo-leninismo en las instituciones de la pos revolución”, el cual cierra el trabajo. Se trata de un análisis en distintos niveles en donde se juegan los principales puntos problemáticos de la interpretación que se derivan de las hipótesis antes señaladas. El autor comienza por el análisis de la prensa nacional y las constantes equivocaciones que comunicaban de manera cotidiana a propósito de la revolución rusa, sobre el destino de sus dirigentes y el posible futuro de su proyecto. Luego, de manera muy detallada ensaya la manera en que los líderes de la revolución de los años veinte trataron de entender el fenómeno ruso: Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón y otros pasaron pronto a ser intérpretes del “bolchevismo”, generando un discurso sumamente ambiguo en donde el socialismo y el capitalismo convivían a merced de ser rechazada la figura del bolchevique y con ello se enunciaba la posibilidad de un régimen que fuera una “tercera vía” a la mexicana, alejada de ambas ideologías. El papel de Basilio Vadillo y de don Jesús Silva Herzog en tanto que primeros dos embajadores en la URSS fue crucial para la élite de la revolución mexicana, al ser ellos los encargados de transmitir señales más fidedignas de lo que acontecía en la lejana Rusia bolchevique. Otras figuras importantes señalaron la impronta de la revolución rusa: José Vasconcelos, Narciso Bassols e incluso el político Gonzalo N. Santos. Sin embargo el punto crucial —escasamente tratado— se da cuando un grupo de intelectuales que rodea la cúpula del poder en el periodo del general Lázaro Cárdenas, impulsa la transformación del



partido “de la revolución” estableciendo relaciones estrechas con las poderosas centrales obreras y campesinas: un extraño fenómeno en el que las tendencias corporativas y el discurso socialista y obrerista queda encapsulado en una ideología nacionalista cuyo abanderado es el naciente Estado, que pasa a ser el “sujeto” de la transformación social y de la búsqueda de justicia. Aunado a ello se debe sumar una cantidad inconmensurable de estudiantes y profesionales que además de estar condicionados por las coordinadas políticas de la época, tomaron cargos de responsabilidad de fundar y hacer funcionar las más variadas instituciones del Estado pos-revolucionario, hecho inédito hasta ese momento en la América Latina.

Algunas de estas tendencias y contradicciones quedaron plasmadas en un proyecto educativo de largo alcance que buscaba sacar al país del analfabetismo y el “atraso” en el que se encontraban. Con espíritu iluminista se proyectó una reconstrucción total de la historia nacional, sin embargo la problematización que se dio entre los “marxistas-leninistas” no sólo partía de dicha matriz ilustrada, sino que avanzaba por senderos distintos. No resulta fortuito ver a los mejores pintores de la época (Diego Rivera, José Clemente Orozco o David Alfaro Siqueiros, los más conocidos) adhiriéndose al marxismo-leninismo y al tiempo retratando la ideología nacionalista que se estaba cimentando desde el Estado y su ideología. Algunos de estos pintores fundarían **El machete**, el órgano de difusión de ideas más importante del PCM en la época. A diferencia del proyecto educativo iluminista de un José Vasconcelos, los pintores comunistas querían politizar al proletario y al campesino de manera abierta, pero para ello recurrir “a los muros del Estado”. Sin lugar a dudas los apartados titulados “El marxismo en la vida nacional” son de lo más significativo para entender el argumento de nuestro autor. En ellos se contrasta la historia previa que ha hecho del PCM como una fuerza supuestamente marginal y el impacto cultural e intelectual del marxismo que rebasó las estrechas paredes del aparato partidario que actuaba en su nombre. Paradoja que acompañaría desde el punto de vista del autor, el desarrollo y despliegue de la institucionalidad que construyó “la revolución mexicana”. El argumento es tentador: México, un país que salía de una revolución agraria, observaba la construcción de un Estado afincado en nociones marxistas, aunque sin comunistas en las instituciones del Estado, ni los tenía a ellos como fuerza política que influyera de alguna forma concreta. Dentro de este marco, Condes pone atención a la producción intelectual adscrita al campo de la historia, con marxistas como Ramos Pedrueza, cuyos textos fueron difundidos con amplitud en las escuelas públicas, normales y técnicas. Es decir, que la “interpretación materialista de la historia” codificada por intelectuales mexicanos, era de uso común y extendido en el ámbito educativo en los años treinta, transmitiéndose de manera permanente y masiva a las y los futuros intelectuales. Toda esta constelación permite entender el ascenso de una figura como la de Lombardo Toledano, personaje central en la vida política y sindical del México pos-revolucionario. La perspectiva “nacional-revolucionaria” de Lombardo lo llevó a adecuar, en un esquema de interpretación teleológico, el marxismo al despliegue de la revolución mexicana, por lo que no resulta entonces sorprendente que la principal consigna levantada por él fuera “nacionalizar es descolonizar”. La revolución de este país era un escalón más de la lucha del proletariado mundial, su pervivencia era necesaria y obligada, ello quería decir en gran medida que había que fortalecer el aparato estatal nacido al calor de la guerra civil para apuntalar en un futuro lejano la revolución proletaria mundial. La situación histórica mundial favoreció la presencia y centralidad de Lombardo, no sólo dentro del grupo gobernante que comenzó a fortalecerse tras el arribo de Cárdenas a la presidencia, sino sobre todo a partir del respaldo que le dio la Internacional Comunista. Los comunistas quedaron en medio del conflicto, obligados a supeditarse a Lombardo, quien los perseguía y reprimía al seno de la recién fundada Central de Trabajadores de México (CTM) y la Internacional que implementaba la táctica de “Unidad a toda costa” con los elementos “progresistas” del gobierno mexicano. El “browderismo” como corriente colaboracionista que corroía la iniciativa e independencia comunista tomaba su forma en el “lombardismo”. Por lo demás, Condes Lara no analiza la perspectiva del PCM con respecto a Cárdenas ni a Lombardo, lo cual sin duda es una ausencia significativa para la mirada panorámica que pretende ofrecer. Pasemos ahora a las posibles líneas de fuga y dificultades de la lectura del texto que comentamos. El límite de la interpretación global de Condes Lara está evidentemente en la explicación de las razones de la marginalidad del PCM como destacamento organizado de los marxistas: desde su punto de vista se trataba de una incapacidad ideológica para descifrar la realidad del país. La teoría marxista, pensada desde la experiencia europea, era un obstáculo epistemológico, teórico

y práctico para entender una nación de raigambre campesina, ubicada en una zona cultural muy distinta, aunque occidental, periférica respecto al lugar desde el que fue formulado en su nacimiento. Este elemento argumental puede ser asediado por distintas vías, pues la misma clave interpretativa de los comunistas era llevada en el plano intelectual por importantes personajes del mundo de la cultura, el arte y la educación, tal como él se esfuerza en demostrar. El marxismo no ingresó y se instaló en México con fuerza por la vía de una cultura comunista, sino a partir de la recopilación ecléctica que hicieron en distintos momentos los pos-revolucionarios que construyeron el Estado. El autor pone énfasis en el proceso ideológico y no en las condiciones concretas en las que se desplegaba el comunismo en tanto movimiento político. No era un problema asociado a una supuesta ausencia de lecturas, un “error” en la visión, ni siquiera un excesivo eurocentrismo, sino a la presencia de un Estado que devoraba y fagocitaba toda ideología revolucionaria, incorporándola de alguna u otra manera en su despliegue institucional. Todo ello sin contar la apenas mencionada represión a la que los comunistas estaban sometidos, que los enfrentaba no sólo al Estado sino también a las organizaciones de la derecha. Fueron el nacimiento y fortalecimiento de un tipo de aparato estatal que capturó los principales resortes de la movilización social los que impidieron un impacto mayor del comunismo en tanto movimiento organizado antes que una ceguera teórica.

Las conclusiones en gran medida presentes en el apartado final titulado “Las instituciones estatales resultantes” son la muestra de las expresiones enunciadas a lo largo del texto. Desde el punto de vista de Condes Lara puede concluirse que la revolución mexicana no apostó a la libertad sino a la justicia, lo cual implicaría una distancia frente a formas liberales dominantes en el mundo occidental. Pero también concluye que dicho proceso social no devino en un fortalecimiento de la noción (también liberal) de ciudadanía y apostó más bien al apoyo de las “masas organizadas”, argumentando de manera tajante que quienes participaban del Estado estaban “en cierta forma influidos por la experiencia soviética”. Esta conclusión expresada en las últimas páginas muestra la matriz teórica desde la que Condes Lara se acerca al fenómeno comunista, pero también a la revolución (la mexicana y las socialistas): la perspectiva liberal. La razón por la cual Condes Lara insiste en que el “marxismo-leninismo” se “filtró” en las instituciones estatales, es justamente que la revolución mexicana no desarrolló una ideología liberal, con ciudadanos libres e independientes, tal como actúa en la ficción occidental dominante. Si México vivió un periodo de autoritarismo, no se debió a un grupo dominante que se apoderó de los resortes principales del poder político, sino a que asimiló la experiencia rusa a las condiciones mexicanas por distintas e intrincadas vías. Las últimas páginas del libro muestran con claridad por qué las hipótesis de Condes Lara parecen tan atípicas: entre el corporativismo autoritario mexicano y la forma soviética, en realidad media por una ideología (“filtrada” en el caso mexicano) que niega la libertad individual, la ciudadanía y otros elementos típicos del liberalismo. Así, el trabajo histórico del autor es sacrificado en el altar de la ideología dominante de nuestro tiempo, que reduce la explotación y expolio de nuestras vidas a un problema de individuos atomizados libres ante el mercado, pero ciudadanos en el “cielo de lo político”, como diría el joven Marx.

Jaime Ortega Reyna
(UNAM)

A propósito de Roberto Pittaluga, **Soviets en Buenos Aires: la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia**, Buenos Aires, Prometeo, 2015, 399 pp.

La Revolución Rusa es un acontecimiento que tiene una presencia ubicua en la historiografía de la izquierda argentina. Este hecho ha sido mencionado con frecuencia como el disparador de las fracciones internas del socialismo que posteriormente condujeron a la creación del Partido Comunista Argentino; asociado al clima represivo que caracterizó a la Semana Trágica de enero de 1919 pero también con la ruptura política y generacional que implicó la Reforma Universitaria, y

considerado como un punto de giro en el ámbito de la cultura de izquierdas que encontró en esa revolución un nuevo ámbito de referencia y legitimación. No obstante esta relevancia, hasta ahora no se había realizado un estudio sistemático sobre las diversas repercusiones y reacciones de la izquierda local ante las revoluciones que se producen en Rusia en 1917 y los primeros años de la construcción del poder soviético. El estudio de este proceso corto (pero intenso) es el principal objetivo de **Soviets en Buenos Aires**, un libro penetrante, complejo y deliberadamente polémico.

Fruto de una tesis doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el libro de Roberto Pittaluga debe su fortaleza a una serie de rasgos particulares. En primer lugar, a un minucioso relevamiento de archivo que abarca diversos estratos de la cultura de izquierdas: diarios, revistas, libros, folletos, memorias, obras de teatro y relatos de viaje. Como puede constatar en el apartado que abre el libro ("Textos y actos") estos registros de diversa índole permiten dar cuenta de una efervescente actividad política y cultural y de la presencia de un público muy interesado en la revolución soviética en Buenos Aires. El riguroso análisis de esa importante masa documental sostiene el incesante desfile de intérpretes y comentaristas que Pittaluga pone en primer plano a lo largo de las casi cuatrocientas páginas que conforman el libro. Sin embargo, **Soviets en Buenos Aires** no es estrictamente un libro vinculado al problema de la recepción sino más bien una investigación atenta a la dimensión transnacional de ciertas representaciones y discursos sobre la revolución que circularon y fueron leídas en Buenos Aires durante el quinquenio posterior a la toma del Palacio de Invierno. Esta perspectiva, que ausculta simultáneamente a ambos lados del Atlántico, pone en evidencia la capacidad que tienen los actores locales para producir interpretaciones originales sobre los acontecimientos que se están produciendo en Rusia, a partir de un conjunto reducido de materiales y en un contexto de puesta en tensión de los instrumentos analíticos preexistentes en la cultura de izquierdas.

En segundo lugar, cabría destacar a una serie de decisiones metodológicas vinculadas al abordaje de ese corpus de fuentes documentales. Partiendo de la premisa de que en Buenos Aires la revolución rusa se conoce mediante textos que la relatan y/o analizan, una primera elección que habría que señalar es la puesta en un pie de igualdad de las plumas de grandes figuras internacionales (Lenin, Romain Rolland, Victor Serge, etc.) con ignotos intérpretes y comentaristas locales como Abraham Resnik, autor de un penetrante folleto sobre las transformaciones de la cultura en la Rusia soviética. Ello responde al hecho de que, como señala Pittaluga, esas plumas "extranjeras", muchas veces más informadas, "expresan mejor, o directamente constituyen, el pensamiento de la izquierda local, convirtiéndose entonces en la palabra que determinado grupo decide tomar como propia, lo que explica, parcialmente, la amplia y prolífica política de traducciones" sobre estos temas (p. 25). Una segunda decisión metodológica de importancia, y quizá la más provocadora de cara a la historiografía sobre la izquierda local, es la propuesta señalada en el punto cinco del apartado "Preliminar": una lectura de las fuentes que discute las identidades políticas y partidarias en favor de una búsqueda de denominadores discursivos comunes a partir de una serie de temas y problemas más amplios que son, precisamente, los que vertebran la segunda mitad del libro. Esta perspectiva busca escapar al encasillamiento de los textos en función de la pertenencia de su autor a alguna de las formaciones políticas de la izquierda local ("anarquistas", "socialistas", "sindicalistas", "anarco-bolcheviques" y "comunistas") en un contexto en el que, como plantea Pittaluga, dichas identidades están siendo desbaratadas o, al menos, puestas en cuestión como consecuencia del proceso revolucionario que se vivía en Rusia, optando por analizar las múltiples representaciones posibles sobre el hecho y no discutir quienes "'tenían razón' o 'analizan mejor' la revolución en Rusia" (p. 24). Por último, un rechazo a la utilización de la cronología como el ordenador de la narración. Por ello, la primera sorpresa que depara al lector una mirada del índice de **Soviets en Buenos Aires** es que el objeto "Revolución Rusa" se halla desagregado en diferentes problemas. Luego de una primera parte en la que se da cuenta del clima de expectativas en torno a la revolución en Buenos Aires, y de los conflictos a los que este acontecimiento da lugar al interior del campo de las izquierdas, reactivando viejos conflictos y cuestionando saberes, el libro se despliega en función de una serie de grandes ejes o problemas analizados en la segunda sección: "Tiempo", "Sujetos", "Régimen", "Sociedad y Cultura" y "Espacio".

En tercer lugar, algunas particularidades de la escritura de Pittaluga hacen de **Soviets en Buenos Aires** un libro muy demandante para el lector. En gran medida, ello es el resultado del intento ambicioso pero muy bien resuelto de articular simultáneamente tres problemas diferentes: la reconstrucción histórica, la discusión historiográfica (que no queda acotada a una sección u apartado sino que recorre todo el libro) y una persistente reflexión sobre la escritura de la historia en general y de las izquierdas en particular. A ello hay que agregar la explícita intención de tensionar ciertos rasgos consensuados de la escritura académica. Por sólo dar algunos ejemplos: los siete puntos que componen esa suerte de programa historiográfico que constituye el apartado "Preliminar" y funcionan como introducción al libro carecen de notas a pie; hay capítulos del libro que concluyen con un poema e incluso, la coda que da fin a **Soviets en Buenos Aires** "concluye" con una cita de autoridad. Son éstas las marcas de una escritura no conclusiva, que deja libradas al lector sus propias interpretaciones y que por momentos se acerca al registro del ensayo erudito.

En cuarto y último lugar, **Soviets en Buenos Aires** es un libro con una fuerte apuesta por la interpretación. Por ello, cada uno de los capítulos de la segunda sección del libro podría pensarse como un ejemplo sobre cómo plantear un problema de investigación a partir de un diálogo entre las fuentes, la historiografía preexistente y una importante biblioteca teórica. En el capítulo "Tiempo", por ejemplo, se analizan las diversas nociones de tiempo histórico que surgen a partir de la revolución. Bajo la interpretación de Pittaluga la cuestión del tiempo se descompone, como si pasara por un prisma, en un conjunto mucho más ecléctico de planteos y posiciones alternativas. La revolución emerge así como una ruptura histórica y como un nuevo estado civilizatorio; como un tiempo del futuro inaugurado por una revolución irreversible; como un corte con el pasado que implica una ruptura con el tiempo lineal y progresivo pero también como una aceleración del tiempo histórico que legitima el sentido de la vanguardia política; como un "entretiempo" (al tratarse de un acontecimiento de avanzada en un país atrasado); como un "tiempo de realización", entendido como el periodo requerido para llevar a cabo esa transformación y como una forma de contener las críticas contemporáneas a la revolución; como un "intervalo" y como un "tiempo ganado" por acción de la política revolucionaria. Y esa fractura de la noción del tiempo reconstruida por Pittaluga es acompañada, desde otro punto de vista, en el capítulo dedicado al "Espacio". No obstante, la complejidad del análisis se verifica también en los otros capítulos del libro. "Sujetos", está dedicado a estudiar la problemática de los actores (los obreros, el pueblo, las masas, los campesinos, los intelectuales, las minorías revolucionarias, etc.) frente a la revolución, y la importancia del partido, los sindicatos y, sobre todo, ese proceso de subjetivación política denominado "soviets", como novedad y como prueba de las tensiones gnoseológicas e identitarias que trajo aparejada la revolución. En "Régimen", Pittaluga analiza de qué manera esas nuevas subjetividades dieron lugar a un nuevo poder constituyente ya sea bajo la forma de la "dictadura del proletariado" como en la nueva "democracia de base". Y, por último, el capítulo "Sociedad y Cultura" da cuenta del desbarajuste que provoca la revolución en el plano cultural, los experimentos vanguardistas y los debates sobre la literatura y la revolución, cuya mirada transnacional permite leer de un modo menos doméstico destacadas experiencias culturales de la izquierda local como es el caso del grupo de Boedo y los llamados Artistas del Pueblo.

Por todo lo anterior, **Soviets en Buenos Aires** se erige como un aporte clave para el campo de la historia de las izquierdas en Argentina y su publicación, a pocos meses de celebrarse el primer centenario del estallido de este acontecimiento fundamental del pasado siglo XX, supone, sin lugar dudas, un excelente punto de partida para repensar las repercusiones políticas, culturales e intelectuales de las revoluciones de 1917 y los primeros años del poder soviético en el Río de la Plata.

Emiliano Gastón Sánchez
(IEH – CONICET – UNTREF)

A propósito de Pablo Stefanoni, **Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)**, La Paz, Editorial Plural, 383 pp.

Desde hace mucho tiempo que en Bolivia está pendiente la redacción de una historia de la izquierda o las izquierdas que han actuado durante un siglo y medio en la política del país. Esta carencia es más llamativa si se toma en cuenta que esta corriente ha tenido un éxito público que la diferencia —poniéndola en ventaja— de muchas de sus similares del continente. Las izquierdas bolivianas ocupan intermitentemente el poder desde los años 30 hasta hoy, y son responsables de los hechos más notables de la historia boliviana: la Revolución Nacional de 1952, que estableció las bases de una sociedad democrática moderna; y el modelo económico estatista y basado en los recursos naturales que, con un paréntesis neoliberal de quince años, ha tenido el país durante las seis últimas décadas. Pese a ello, las izquierdas no cuentan todavía con una historia de conjunto, desde su primera aparición en la mitad del siglo XIX, hasta su unificación casi completa en el Movimiento al Socialismo durante los años 2005-2009 —que ahora da paso a una nueva dispersión.

Puesto que las izquierdas se han desarrollado en estrecha vinculación con el movimiento obrero y, en general, con el movimiento sindical, las historias sobre éstos, que sí existen —siendo la principal la muy amplia de Guillermo Lora, **Historia del movimiento obrero boliviano**—, han cumplido hasta ahora las veces de la historia de la izquierda que hace falta. Sin embargo, los objetivos de estas obras son otros, por lo que las mismas no se detienen suficientemente en las ideas políticas de quienes las protagonizan. Por otra parte, el sectarismo del trotskista Lora echa a perder parte de su remarcable esfuerzo de recolección de datos y sucesos relacionados con los trabajadores bolivianos.

Un aporte a esta historia aún faltante, y uno muy importante, lo proporciona la obra de Pablo Stefanoni, **Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)**, la cual apareció recientemente en La Paz bajo el sello de la editorial Plural.

El libro, que fue la tesis con que su autor se doctoró en Historia por la Universidad de Buenos Aires, trata de los agrupamientos de intelectuales y políticos, y del clima ideológico del país en los años previos y posteriores al centenario de la independencia boliviana (1925), los cuales fueron de crítica, primero, y de condena, luego, a la política liberal de libre comercio y "educación de las razas", y al proyecto positivista de edificación de una Bolivia "civilizada", progresista y occidental, que aparecieron en el país hacia 1880 y formaron parte de la ideología oficial desde 1900.

Esta crítica al liberalismo se tradujo políticamente en la sustitución en 1920 de los gobernantes liberales por unos sucesores "republicanos" que tenían veleidades socialistas y se apoyaban en los sindicatos, pero en el fondo coincidían con las ideas y las prácticas del liberalismo, incluso en su inconsecuencia respecto a los procedimientos electorales establecidos por la ley. También aparecieron los primeros programas anarquistas, marxistas y fascistas, mientras el pensamiento y el arte daban un "giro romántico" y de ser científicos y optimistas pasaban a ser antimodernistas, espiritualistas y críticos.

La investigación de Stefanoni se enfoca en este momento, que podríamos considerar de *nacimiento* de las escuelas revolucionarias que luego transformarían al país, y que acabó en el "socialismo militar", una serie de gobiernos de facto dirigidos por veteranos de la guerra del Chaco (1932-1935) con inclinaciones izquierdistas y/o fascistas, los cuales llevaron a la práctica, a fines de los años 30 y comienzos de los 40, algunas de las actitudes esbozadas en el momento precedente.

Durante este momento, la confusión entre izquierda y fascismo aún era posible porque estas corrientes, además de estar unidas por una misma actitud antiliberal, todavía no se habían enfrentado sobre el escenario político mundial. A derecha e izquierda, entonces, el sentimiento político predominante era el odio a la "democracia burguesa". Al mismo tiempo, emergían las instituciones corporativas, los sindicatos, por ejemplo, que las ideologías fascista y comunista

exaltaban como soportes de un Estado de nuevo tipo, y que lo serían realmente a partir de la Revolución Nacional.

Stefanoni pretende hacer la "historia intelectual" de este periodo, pero este concepto debe entenderse en su sentido moderno de "historia de los intelectuales", antes que en el clásico de "historia de las ideas". En efecto, en este libro no encontramos una explicación detallada de lo que pensaban exactamente unos y otros, o de cómo cambiaron sus ideas con el tiempo; lo que el texto contiene es una muy persuasiva y detallada imagen del arranque del proceso de organización de los partidos, los sindicatos, los grupos y los individuos contestarios ("inconformistas") que terminarían por constituir las izquierdas bolivianas y que en las décadas siguientes marcarían al país con su actividad y su pensamiento políticos. Vemos a estas personas y a estas instituciones introducir en el debate boliviano las primeras opiniones indianistas, nacionalistas, endogenistas, estatistas y socialistas, así como las primeras críticas "estructurales", es decir, que apuntaban, más allá del desempeño del gobierno de turno, a las clases dominantes y a las bases mercantiles de la economía.

Se trata por tanto de una historia política de este periodo, de una biografía múltiple de los intelectuales y políticos que se salieron del *status quo* de entonces, y de un perspicaz análisis de la psicología colectiva de los bolivianos en los años 20 y 30, alimentado por cientos de apuntes anecdóticos, referencias curiosas, citas de la prensa, etc. Pese al lastre de un apuro erudito demasiado prolijo —lo que se debe a la concepción inicial del libro como tesis académica—, la capacidad narrativa de Stefanoni, sus observaciones de indole periodística, su buen ojo para el detalle revelador, y su interés por las vidas personales de los protagonistas, logra que la lectura de esta obra sea tan provechosa como atractiva (un beneficio que puede obtenerse mejor si uno se salta las notas de pie de página).

Los inconformistas del Centenario, al retratar a un grupo peculiar de bolivianos que fue capaz de criticar los tiempos que le tocaron vivir y —aunque fuera con vacilaciones y contradicciones— actuó en consecuencia, transformando el futuro de sus componentes y de todo el país, proporciona una reveladora perspectiva para imaginar y comprender la historia política boliviana del periodo investigado e, indirectamente, de todo el siglo XX.

Fernando Molina

(Fundación Vicente Pazos Kanki)

A propósito de Andrés López Bermúdez, **Jorge Zamalea. Enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)**, Bogotá, Universidad del Rosario, 2014, 584 pp.

La tesis doctoral de Andrés López Bermúdez que se publica bajo este título, constituye una contribución (casi) conclusiva, de mérito excepcional, en los estudios de la historia intelectual colombiana. La biografía intelectual sobre el escritor bogotano Jorge Zamalea Borda, nacido en el marco de la Plaza de una Bogotá al principio del siglo XX, como atada a las más rancias tradiciones señoriales, y muerto sesenta y cinco años después, en medio de una sociedad que había experimentado los más profundos cambios pensables en este lapso, es una radiografía apasionante del hombre, del oficio del escritor, de la sociedad que lo hace posible y trata de negarlo, de la situación límite, en los más diversos escenarios públicos en los que actúa y desea vehementemente influir con sus escritos, con su fuerte personalidad moral y sus armas asociativas.

La tesis doctoral de Andrés López hace parte ya de las biografías intelectuales más destacadas, como **Andrés Bello: la pasión por el orden** de Iván Jaksic, **Vida de Sarmiento** de Allison Williams Bunkley, **Un escritor entre la gloria y las borrascas: vida de Juan Montalvo** de Galo René Pérez, **Horizonte humano: vida José Eustasio Rivera** de Eduardo Neale-Silva, **La introducción**

del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis E. Nieto Arteta de Gonzalo Cataño, o **Gabriel García Márquez, una vida** de Gerald Martins —llena de exotismos.

Jorge Zalamea, tal como queda retratado en la investigación de López Bermúdez en sus múltiples facetas, es el hombre del cambio, el escritor que afronta la vertiginosa transformación de una sociedad —de la sociedad señorial a la sociedad de masas—, que sueña dirigir a la luz de sus ideales liberales y que se empeña en enfrentar con todos sus vicios, traumas y rémoras. El problema de este empeño biográfico, primer escalón de una historia intelectual, no es tanto motivar al lector a seguir un periplo vital cumplido y ejemplar —la llamada “ilusión biográfica”—, sino el de ver los quiebres y discontinuidades de la vida “heroica” de un escritor en medio del abrupto cambio que se opera en los moldes convencionales de la época en que nació, dominados por la reacción conservadora ultramontana de Miguel Antonio Caro y compañía (1885-1930). Hoy no es difícil a los colombianos imaginar esa sociedad parroquial dominada por una élite cerrada, pagada de sus privilegios reales, virtuales o sobre todo fingidos, que domina una masa de mestizos que vivían o vegetaban literalmente en la miseria, corroída por la ignorancia, la desnutrición y la sífilis (el 70% la padecían). La Atenas Suramericana era todo lo contrario que consagró el ultraconservador santanderino Marcelino Menéndez y Pelayo. Era en verdad una cloaca, mal iluminada, sin alcantarillados, insegura.

Pero al margen, o por encima de esta masa social, estaba la otra sociedad minoritaria, compuesta casi toda de blancos —se estimaban hispano-descendientes—, que se cultivaban desde la infancia en la casa y colegios particulares en el dominio del latín, las literaturas clásicas y españolas del Siglo del Oro, que observaban las normas éticas del catolicismo estrictamente, y seguían los consejos de Rafael María Carrasquilla en **Ensayo sobre la doctrina liberal** —versión nacional del furibundo libro de Félix Sardá y Salvany **El liberalismo es pecado**. En esta cima social, como señorito bogotano, nació Zalamea, pero no ha de morir adscrito a su origen social y a la orientación dominante de su clase —como suele mayoritariamente suceder.

Jorge Zalamea llega al mundo el año en que el general Rafael Reyes sube a la presidencia. La pesadilla de la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá requerían una reconducción de la nación. Esa presidencia quiso conciliar los términos de los feroces odios bipartidistas y tomar conciencia de que, ante el poderío norteamericano, había que jugar con las cartas de unas reformas decisivas, por encima de los partidos. La nación colombiana a principios del siglo XX estaba literalmente destrozada y amenazada seriamente de seguirse fragmentado. Quizá el signo de este cambio lo refleja, en el plano intelectual o campo que más nos incumbe, la aparición de la **Revista Contemporánea**, dirigida por Baldomero Sanín Cano, o el libro del general Rafael Uribe Uribe **Por la América del Sur**.

Jorge Zalamea, nos lo recrea Andrés López, nace en un caserón de la Plaza de Bolívar, de cuatro pisos, “pretenciosamente moderno”. Él mismo poeta nos recuerda su balcón, luego cómo desde allí veía un árbol que se semejaba un velero. Niño privilegiado, desde muy temprano Zalamea se asomó al universo de la lectura. La fantasía infantil fue estimulada por las aventuras de Emilio Salgari y la saga de Pinocho. La figura de Chaplin también suscitó su asombro. En el colegio fundó un periódico.

La primera incursión pública de Zalamea a la vida literaria fue como integrante de Los Nuevos. El grupo literario —en que participaron los Lleras Camargo, León de Greiff, Luis Tejada, Luis Vidales, Rafael Maya o Germán Arciniegas— se pretendió nuevo frente a los Centenaristas y crearon la revista **Los Nuevos** (1925). Las lecturas representativas, que nos anota el investigador López Bermúdez, son Maurrás y Barrés, Gide, Valéry, Rimbaud, Mallarmé, que en todo caso no aseguraba una cohesión de ideas o un propósito definido.

La heterogeneidad de la agrupación hizo posible que allí también figuraran Silvio Villegas, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay y Darío Echandía —muchos de los cuales vendrían de la provincia a la capital—, que serían los protagonistas de ideas, sucesos y corrientes totalmente opuestas en la vida pública en las décadas siguientes. Como dice López Bermúdez quizá solo Zalamea y De

Greiff fueron los dos escritores que supieron mantener más firme, en las décadas posteriores, la jerarquía y los anhelos renovadores estéticos de la agrupación literaria Los Nuevos.

De mayor interés es, para el lector hoy, el primer periplo de Zalamea como artista vagabundo por Centroamérica, México y España. La ruptura juvenil con la parroquial Colombia, lo lleva a Costa Rica y Guatemala. Ese primer viaje, pues, esa asignatura del intelectual —que desde el Wilhelm Meister de Goethe— le resulta constitutiva en su formación: es el viaje a tierras lejanas, donde conoce otras gentes, otros intelectuales y otras mujeres, es decir, los insumos fundamentales de una cultura más ampliada. El joven apasionado Jorge Zalamea inicia así tempranamente el viaje que le fue posible a Baldomero Sanín Cano solo viejo, a José Eustasio Rivera solo para morir en Nueva York, a J. A. Osorio Lizarazo para servir a Perón y Trujillo, o se le negó a Tomás Carrasquilla por quiebra o a Miguel A. Caro —tal vez por empecinamiento anacrónico.

El viaje de Jorge Zalamea es tratado aquí no como episodio turístico, sino precisamente como lo que es: una institución intelectual. Es el viaje que nos libera de los prejuicios o que debe contribuir a ello. Para la época —y quizá hasta hoy— era una institución para los privilegiados que generalmente lo usaba, según lo recuerda Ángel Rama, para echarse definitivamente a perder. El viaje es en Zalamea lo que fue para Bello, Bolívar, Sarmiento, Montalvo, Rubén Darío, Martí, Joaquim Nabuco, González Prada, Picón Salas o Alfonso Reyes, es decir, la ocasión de aprender, abrir horizontes intelectuales, ponerse al tanto de experiencias inéditas e inusitadas, en todo caso, imposibles de vivir en nuestro estrecho medio. El viaje es en Zalamea, como es aquí tan profusa y seriamente documentado, la prueba de fuego para definir una vocación prematura y sentar las bases de una actividad literaria de gran significación para Colombia.

Zalamea entabla en ese primer periplo viajero fuertes amistades en México con Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer o Gilberto Owen —particularmente con este. Tras retornar a Colombia de este viaje desde agosto de 1925 a abril de 1927, se decide a publicar su primera obra **El regreso de Eva**, que "le tomó ocho años de trabajo". No gozó, con todo, esta pieza dramática de aceptación. Zalamea, como contrapartida, se consagra a la crítica literaria, con un ánimo profesional casi inédito en nuestro medio —a excepción de Sanín Cano o Carlos A. Torres.

Viaja a España —quizá agotado del medio provinciano— a finales de ese mismo año. Allí va a cimentar su personalidad intelectual y su obra literaria. La estrecha amistad con el poeta, universalmente reconocido, Federico García Lorca, es parte del inventario de esos años en la Península. Lo es también su labor como traductor del inglés, francés e italiano, seguida con interés puntual. Zalamea traduce a Joseph Conrad o D'Annunzio. Se esconden sus traducciones bajo el nombre de Ricardo Baeza, quien gozaba de gran prestancia en la escena literaria peninsular y gracias a ello puede cobrar más.

Pero fue sin duda la amistad con García Lorca, quien le dedica su "Poema de la soleá, tierra seca", una fecunda ocasión en el curso de la consolidación de la personalidad literaria de Jorge Zalamea en tierras españolas. Esta amistad, anota López Bermúdez, fue "entrañable y afectuosa", el mismo poeta bogotano lo llama "el mejor de mis amigos". La correspondencia íntima entre ambos —en que se intercambian penas, pesares y proyectos líricos— y los testimonios de contemporáneos certifican la especial relación que los unía. También esta amistad mantuvo y amplió el amor de Zalamea por el teatro. En la estancia de España, que se prolonga hasta 1932 fecha en que es nombrado diplomático en Londres hasta 1934, Jorge Zalamea contrae nupcias con la bella, inteligente y a la postre trágica Amelia Costa.

Este cargo diplomático, cuyas funciones parecen difusas —¿qué hace en realidad un agregado cultural?—, le permite intercambiar favores, por ejemplo con Germán Arciniegas, de cuyo libro **El estudiante de la mesa redonda**, recibe cincuenta ejemplares que distribuye entre sus amistades españolas, como Unamuno, García Lorca, Ortega y Gasset, Recasens Siches, etc. También hace leer a su amigo García Lorca **La marquesa de Yolombó** de Carrasquilla, quien a decir del mismo Zalamea, "quedó deslumbrado". Arciniegas a su vez distribuyó en Bogotá, como compensación, el folleto **De Jorge Zalamea a la juventud colombiana**.

Este segundo periplo viajero, concluye en 1934. Zalamea había ya absorbido la sustancia cultural de Europa que lo habitaba como un gran conocedor de espacios literarios, de ideas, corrientes en América Latina y Europa. Tenía 29 años y se alistó en las filas de la alta burocracia del gobierno de López Pumarejo —el único en el siglo XX que ensayó y puso en práctica políticas modernizadoras a una elite sustancialmente retrograda, de inmensas injusticias y fuertemente aferrada a los dogmas católicos— y colmó así uno de sus sueños de hombre de letras.

Los servicios, como intelectual comprometido, en el gobierno de la “Revolución en marcha”, como se conoce este periodo, cuyo impulso se concentró entre abril y diciembre de 1936, se resumen en su participación en la Comisión de Cultura Aldeana, de la que surgió su monografía **El Departamento de Nariño: esquema para una interpretación sociológica**; y en sus cargos en la Secretaría del Ministerio de Educación y de la Presidencia de la República. La relación con el curtido líder liberal López Pumarejo —había nacido en Honda en 1886— fue definitiva para asumir el rol distintivo en el marco público nacional: Jorge Zalamea como un combatiente de las ideas liberales de renovación social. La puntual realización que lo distinguió y que fue para Zalamea permanente motivo de satisfacción: la colaboración en la creación de la Universidad Nacional de Colombia, hito decisivo en la vida universitaria y académica del país —la vieja Universidad Nacional de 1867 de Manuel Ancízar había prácticamente dejado de existir bajo la Regeneración.

Entorno a la construcción de la Ciudadela Universitaria o Ciudad Blanca, creada en 1936 con el diseño del arquitecto y urbanista alemán de la Escuela de Bauhaus, Leopoldo Rother, se formó una batalla campal de ideas. Mientras la Iglesia y **El Tiempo** se opuso —lo que no obsta que Eduardo Santos haya ayudado al jesuita Félix Restrepo a conseguir la sede de la Universidad Javeriana, pilar anti-liberal o anti-lopista— a la creación de la Universidad Nacional y argumentan ateísmo o despilfarro, Zalamea mantuvo firme su defensa de la educación pública superior.

Al tiempo que cumplía sus funciones públicas, Zalamea no desaprovechó para promocionar su obra, difundirla en América Latina en Perú con Luis Alberto Sánchez, en Chile con Pablo Neruda, en Argentina con Victoria Ocampo. Fue esta deslumbrante actuación pública, en un escenario encendido de pasiones políticas, trampolín para su figuración literaria y ocasión para su fama literaria.

La década de los cuarenta es para Zalamea más bien época de tertulias y debates literarios. En ellos se destaca su defensa de la agrupación poética Piedra y Cielo, en cuya cabeza se pone Eduardo Carranza. Publica su “ensayo filantrópico” como lo califica Andrés López **El hombre, naufrago del siglo XX**, y sobre todo son sus intensos y no menos duros —afectivamente: se suicida su mujer— años como embajador en México, a partir de 1943 durante el segundo periodo presidencial de López Pumarejo. Entra Zalamea allí en contacto con el connotado ensayista Alfonso Reyes, para quien gestiona la Cruz de Boyacá, y con Daniel Cossío Villegas, el director del Fondo de Cultura Económica, con quien diseña un listado de posibles obras colombianas que no van a ser, a la postre, publicadas —la no publicación de autores colombianos en el Fondo confirma el aislamiento cultural del país en esas décadas decisivas de modernización urbana y rezago político atávico. Publica la edición mexicana de **La vida maravillosa de los libros**. También son años de cocteles y excesos de bohemia, de angustia existencial.

El papel que cumplió Jorge Zalamea, años después, tras su retorno de Embajador en México, luego del asesinato de Gaitán y la amenaza del ascenso del obseso franquista Laureano Gómez al poder, que tenía los visos de una hecatombe del proyecto liberal, cobra el aspecto de una lucha abierta, de vida o muerte. Zalamea fue en los años oscuros de las dictaduras de Mariano Ospina Pérez —cierra el congreso en 1949 y militariza buena parte de las poblaciones colombianas que da origen a una cadena de violencia que aún no ha concluido— la voz de la disidencia. Fue perseguido, estigmatizado, encarcelado. Tuvo que dar el paso de huir del clima asfixiante del país, dominando por la mal llamada Violencia: era esta una maquinaria de terrorismo de Estado, impulsada y profundizada directa y abiertamente por Laureano Gómez para borrar de la fase de la tierra colombiana el liberalismo y restaurar una Cristilandia a sangre y fuego.

En Buenos Aires como exiliado, se topa Jorge Zalamea, en realidad, por intermediación del poeta de filiación comunista Luis Vidales, con el altísimo cargo diplomático-cultural de Secretario del Consejo Mundial por la Paz (CMP). El CMP, instituido en 1949 tras la Segunda Guerra Mundial, era una organización pro-soviética destinada a promover las alianzas entre los pueblos, fomentar la paz mundial y servir de plataforma para el intercambio de artistas e intelectuales de todo el mundo, doctrinaria o afínmente afectos al régimen de Moscú.

El cargo llegó como caído del cielo y casi por azar. Zalamea no era un comunista —difícilmente se le puede calificar socialista en alguna de sus variantes— pero creía en la dignidad del hombre, en la necesidad de establecer políticas sociales modernizadoras y se autodenominaba anti-belicista; del otro lado, estaba el Congreso por la Libertad de la Cultura, auspiciado por el Departamento de Estado norteamericano y la CIA, en cuyas filas militaba el liberal santista Germán Arciniegas. Para la época en que Zalamea era Secretario de CMP, lo era para CLC el compositor ruso Nikolas Nabokov, quien era apoyado por Robie Macauley, agente de la CIA y editor de **Playboy**.

Zalamea llega a este cargo por razones difíciles de hilar en una argumentación sólida. Su personalidad literaria se acompasaba por su personalidad política y sobre todo por su moral. Su modelo intelectual era una mezcla de la herencia del poeta modernista, del bohemio y genio poético de Rubén Darío, arrojado al azar de las circunstancias políticas, y el protagonista de un cambio social por medio del estudio social, la propaganda política sólida y el uso de los medios de divulgación más afines a los propósitos de un cambio social más justo y equilibrado.

Por razón de espacio, no podría seguir estas nuevas y muy resonantes actividades de Jorge Zalamea, en la que destacó solo su iniciativa de galardonar con el Premio Lenin de la Paz a su compatriota que más lo merecía, sin duda, Baldomero Sanín Cano. También el mismo Jorge Zalamea, con apoyo de Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda, contribuye a que el poeta bogotano, por lo demás muy corto de recursos económicos y minado por dolencias hepáticas, obtenga ese codiciado premio incluido el alto monto de 28.000 dólares para 1968.

Zalamea fue, pues, poeta, traductor, ensayista, crítico literario, dramaturgo, polemista, sociólogo, editor, periodista, mediador y promotor cultural, diplomático, ministro, conferencista, profesor universitario. También fue bohemio, corresponsal asiduo, activísimo secretario del Consejo Mundial de la Paz, acerbo crítico, intransigente enemigo y militante convencido, como lo insistió no pocas veces, de la causa antibélica. Estas múltiples actividades, y estos simultáneos roles intelectuales y sociales, resultaron no siempre coherentes o consecuentes. Es difícil sino imposible cumplir a satisfacción en tantos frentes, sobre todo cuando los escenarios públicos dominantes son diversos, están en tensiones continuas y sus orientaciones ideológicas cambian súbitamente.

La vida de Jorge Zalamea está tirada por un hilo o hecha de un nudo grueso de dificultades, sobresaltos, ansiedades, crisis, inestabilidades psicológicas. Nunca parece, conforme este formidable retrato de Andrés López Bermúdez, que está lejos de un cuadro psiquiátrico, pero que inevitable da material para ello, estar Zalamea satisfecho con su obra literaria. No está libre de presiones económicas; más bien se encuentra atado a una inseguridad de diversos orígenes, a una cierta ingobernabilidad de los resortes de la existencia que lo lleva a la recurrencia a la vida bohemia, al alcoholismo, al desfogue por amores “ilícitos”. Hay como una tragedia labrada, un sino de incontenibles tintas negras.

Pero hay otro componente en Zalamea. Hay también un impulso ético a toda prueba, un afán ineludible de perfeccionamiento artístico, un activismo fáustico por una patria mejor, por un mejoramiento de las relaciones sociales, de las condiciones de existencia de una sociabilidad dominada por el disimulo, la hipocresía, la perversidad. Zalamea luchó contra el fanatismo, sin verse del todo libre de los prejuicios culturales que lo hacía posible y lo estimulaba. Fue machista, fue pagado de sus privilegios —más de su inteligencia que de sus orígenes sociales—, resultó a veces vacilante y repelente, cuando quizá se precisaba más tacto y tino para decidir sobre situaciones inconmensurables. Hubo un signo de inestabilidad, de “mercurialismo” en todo su ser artístico e intelectual.

Zalamea no fue un hombre de partido, ni liberal ni comunista; o mejor, antepuso siempre su personalidad de artista —un modelo como heredado de la España canovista: pienso en Emilio Castelar o Juan Valera, o quizá del modelo que él mismo experimentó en España con los volubles Unamuno y Azorín a la cabeza— que presupone la superioridad de la inteligencia por encima de todo otro imponderable cultural. Zalamea fue un secreto saint-simoniano, que encontraba en la exaltación pública de la inteligencia, el deseo de figurar en su Parlamento Newton. Este es el punto quizá más problemático de una personalidad sellada, como la de Jorge Zalamea, por una tradición medio-legible. Mitad obra de la tradición del poeta como esteta de la sociedad y otra mitad reformador social gracias a su labor de hombre estético.

En este sentido quizá Sanín Cano, quien nació medio siglo antes, tuvo un sentido de las proporciones más ajustado. Los dos, sin embargo, apenas pudieron reconocer el papel protagónico, no de los movimientos sociales de izquierda radical, sino el papel de la inteligencia radical de izquierda justo en la redefinición del intelectual como figura marginal. Sólo con despecho aceptó, un Ezequiel Martínez Estrada —diez años mayor que Zalamea—, esta situación cuando se decidió a vivir a Cuba en 1961. Pocos años después comprendió que la maquinaria de la revolución cubana devoraba también a sus intelectuales comprometidos; que no había un sitio específico para los intelectuales en la marejada revolucionaria, como no lo había para ese grupo en el mundo burgués desde Baudelaire.

Algo más “románticamente” que Martínez Estrada, Jorge Zalamea siguió insistiendo, pero desde Bogotá, en colaborar para la causa de Fidel Castro. Pero este gesto de compromiso no pasaba de una elegante manera de aceptar que las cosas habían cambiado muy profundamente. Su rechazo a la conquista del poder por las armas fue síntoma de ello o parte de su inteligencia crítica. Zalamea pidió a la juventud universitaria conquistar el poder por la inteligencia en un país más bien de mulas resabiadas. Su defensa a la revolución cubana o su crítica al México ensangrentado de la masacre de Tlatelolco, eran gestos desde la distancia.

En casa sabemos que Jorge Zalamea se peleó agria y justificadamente con el pontífice del Nadaísmo Gonzalo Arango —quizá percibiendo que ese movimiento era un tardío reflejo provinciano de “*pour épater le bourgeois*”, en el marco de la intensa masificación urbana en un estadio cultural nutrido del catolicismo barroco—, mientras no lo encontramos figurado en esas laberínticas discusiones del marxismo-leninismo que produjo el MOEC, FUAR, ELN, Grupos M-L, MOIR, COR y otro medio centenar de pequeñas organizaciones campesinas, obreras, guerrilleas y estudiantiles, desde mediados de los años sesenta. Ya parecía ser un intelectual de otra generación y su voz, que sonaba en los discos de acetato por millares —hay algo anacrónico en **La voz de Jorge Zalamea presenta la poesía ignorada**—, poco a poco dejó de tener la pertinencia política que él deseó para su obra literaria.

La investigación doctoral **Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)** fue posible gracias a la circunstancia de que el hijo del poeta bogotano, Alberto Zalamea Costa, pudo obtener en 2007, luego de ser abandonado en un sótano por 38 años, el archivo de su polémico padre. Los numerosos documentos que son tratados en esta investigación, conforme lo confiesa el profesor López Bermúdez, son apenas una parte de la montaña de cartas, papeles y documentos de muy diversa naturaleza historiográfica, encontrados allí. La paciencia para ordenarlos, clasificarlos, analizarlos, y al fin, darles un orden argumentativo fascinante, se contrae a estas casi 600 densas páginas. Sólo quiero reiterar el honor que se me concede al presentarlas ante ustedes.

Es una desproporción conceptual insinuar que Jorge Zalamea Borda estaba esperando a Andrés López Bermúdez para hacerse comprensible. Sin embargo, por pasajes lo sentimos dramáticamente así.

Juan Guillermo Gómez García
(Universidad de Antioquía/Universidad Nacional)

A propósito de Marisa Midori Deaecto y Jean-Yves Mollier (Dir.), **Edição e Revolução. Leituras comunistas no Brasil e na França, Belo Horizonte**, Cotia, Ateliê Editorial, Editora da UFMG, 2013, 351 pp.

É sobre as relações entre os comunistas e suas edições que trata **Edição e Revolução. Leituras comunistas no Brasil e na França**. O livro, de organização de Marisa Midori Deaecto e Jean-Yves Mollier, foi coeditado pela Ateliê Editorial de São Paulo e a Editora da UFMG, de Minas Gerais. Afora a excelente introdução intitulada “A Batalha do Livro”, da organizadora Marisa Midori, o livro se divide em três seções, sendo a primeira a que reúne os artigos relacionados ao Brasil e a terceira aqueles que tratam da França.

Entre elas, como segunda seção do livro, há interessante exposição impressa intitulada “A arte do livro comunista. Uma breve e imodesta exposição” que nos apresenta as capas de diversas publicações comunistas —entre brochuras, livros e revistas— do Brasil e da França, dos anos de 1920 aos de 1960. Há três seleções temáticas: várias edições do **Manifesto Comunista**, periódicos comunistas, brasileiros e franceses; e, por fim, a coleção *Cadernos do Povo Brasileiro*. Iniciando a primeira parte do livro, temos o artigo de Lincoln Secco, intitulado “Leituras Comunistas no Brasil (1919-1943)”. O artigo apresenta a leitura nos seus mais diversos aspectos e como ela, lentamente, adentra a vida operária comunista no Brasil. Os primeiros autores comunistas — como Lenin e Bukharin— circularam inicialmente na imprensa operária, já antes do surgimento do Partido Comunista do Brasil (PCB). A primeira década de existência do partido é ainda de rarefação editorial. No entanto, notando-se o tamanho do partido —273 membros, em 1924; 700, em 1928—, percebe-se o notável esforço de publicação de impressos. Entre livros, opúsculos, jornais, revistas e folhetos, o partido publicou 242.013 impressos, apenas entre 1922 e 1925.

Os primeiros livros com os quais os comunistas brasileiros puderam travar contato eram importados. Isso porque do artigo em revista para a brochura há um passo importante, que exige recursos e tradutores. Os primeiros livros circularam em espanhol. Os tradutores foram os próprios membros da direção do partido: Astrojildo Pereira, Octávio Brandão, Antonio Bernardo Canellas. Brandão elaborou ainda os primeiros cursos de formação política para os operários. A leitura era feita usualmente em voz alta, para que aqueles que não soubessem ler pudessem acompanhar os demais, lembrando que cerca de 70% da população na década de 1920 não sabia ler nem escrever.

A tarefa de divulgação do ideal comunista por meio de publicações teve alcance limitado por um fator característico dos primeiros anos do PCB: a ausência de uma editora que publicasse a linha do partido. A situação muda de figura significativamente na passagem para a década de 1930. Surgem editoras alinhadas ao partido, como a Marenglen (Marx-Engels-Lenin), a Lux e a Selma (Stalin-Engels-Lenin-Marx). Além, é claro, da Gráfico-Editora Unitas Ltda., que se alinhava à Oposição de Esquerda. As publicações têm grande crescimento nessa década, demonstrado pelo gráfico à página 63. A tendência de crescimento no número de publicações será freada pela intensa perseguição que se seguiu ao Levante Comunista de 1935. O partido então se desarticula e só conseguirá se reorganizar na década de 1940. É só então que surgirão as grandes editoras do partido, sobretudo a Editorial Vitória — tema do artigo de Flamarion Maués—, suprimindo aquela deficiência inicial.

Passa-se da visão de conjunto de Secco para o estudo mais delimitado de Dainis Karepovs, “A Gráfico-Editora Unitas e seu Projeto Editorial de Difusão do Marxismo no Brasil dos Anos 1930”. Em meio às editoras surgidas no início da década de 1930, fato que possui relação com as mudanças que se sucederam à Revolução de 30, a Unitas teve destacado papel de divulgação da literatura marxista. A marca fundamental da editora será a publicação de Trotsky no Brasil. Mas certamente não se limitou a isso.

Assim como suas congêneres no momento — Alba, Calvino Filho, Cultura Brasileira— a Unitas tinha catálogo mais amplo do que a publicação de livros de esquerda, com o objetivo

de promover a sustentação econômica da casa editora. As obras de esquerda apareciam em coleções intituladas “Sociologia”, “Economia”, “Política” e “Filosofia”. Além disso, havia a coleção de caráter mais militante, a “Aurora” e outra voltada para a divulgação da pedagogia marxista, a “Biblioteca Contemporânea de Educação”. De especial importância é o fato de ter a Unitas editado pela primeira vez no Brasil algumas das obras básicas do pensamento marxista para a formação política do militante. Textos de Plekhanov, Engels e também duas edições do **Manifesto Comunista** saíram pela editora. Cumpre lembrar, portanto, como frisa Karepovs, que mais que “trotskista”, a Unitas foi uma editora *marxista*.

A segunda metade da década de 1930 foi momento de intenso refluxo de todo o movimento operário em função da aberta perseguição perpetrada pelos órgãos repressivos do Estado após a tentativa revolucionária comunista em 1935. Apenas na década de 1940 é que o Partido Comunista vai se reorganizar. É nesse período que finalmente se estrutura aquilo que faltava ao PCB para que pudesse divulgar mais adequadamente suas ideias, as editoras do partido. A mais importante foi a Editorial Vitória. O terceiro capítulo do livro, “A Editorial Vitória e a Divulgação das Ideias Comunistas no Brasil (1944-1964)” de Flamarion Maués estuda esta casa editorial. O período entre ditaduras que vai de 1945 a 1964 é de intenso desenvolvimento da divulgação ideológica comunista. Com atuação legal no breve período de 1945 a 1947 e clandestina, mas ainda possível, até 1964, o PCB consegue exercer atividade editorial única durante toda sua existência. Muitos intelectuais e artistas se ligam à linha nacional-popular proposta pelo Partido Comunista já em fins da década de 1950 e início de 1960. Antes da repressão brutal que abaterá todas as forças progressistas durante mais de vinte anos, houve ainda tempo para um empreendimento editorial de grande importância: os Cadernos do Povo Brasileiro, tema do artigo de Angélica Lovatto “Um Projeto de Revolução Brasileira no Pré-1964: os Cadernos do Povo Brasileiro”.

Assim, da década de 1920 à de 1960, percebe-se a evolução e os obstáculos para a edição comunista no Brasil. Durante essas quatro décadas e meia, buscou-se traduzir, publicar e distribuir, no intuito primordial da ideologia comunista de divulgar o ideário da revolução proletária. Por todo esse período, em meio às dificuldades de publicar, os leitores foram obrigados a importar livros para ter acesso a gama maior de literatura proletária. Os comunistas brasileiros leram principalmente em espanhol e francês. Como já havia anotado Edgard Carone, a França foi o principal centro difusor de literatura marxista para o mundo latino. É sobre ele que trata a terceira seção de **Edição e Revolução**.

A seção dedicada à relação dos comunistas do hexágono com a edição é aberta pelo organizador Jean-Yves Mollier. Em sua característica escrita, plena de erudição, desenrolando-se em longos parágrafos, o capítulo “Grandes Momentos do Livro Político na França” apresenta visão panorâmica de cerca de dois séculos de produção de impressos de caráter político, iniciando “como muitas vezes no caso francês, [...] com a erupção da política no cenário nacional em julho de 1789” (p. 249). O livro político acompanhará as explosões revolucionárias do século XIX francês e sofrerá nos períodos de refluxo reacionário.

Logo após a Primeira Guerra Mundial, com o surgimento do Partido Comunista Francês, suas editoras ilustrarão as oportunidades oferecidas pelos comunistas ao livro político, resumidas em duas palavras inventadas pela III Internacional: agitação e propaganda, ou “agitprop”. Em relação aos seus antecessores socialistas, a política para as edições será completamente revista, surgindo empresas para substituir as editoras “burguesas”, às quais, até então, os dirigentes confiavam seus escritos. Com a entrada do PCF nesse subcampo editorial, assiste-se a verdadeira mutação do livro político. Além do PC francês, editores de extrema-esquerda aproveitam também a calma da Frente Popular (1936-1937) para publicar muitos clássicos.

Durante a Segunda Guerra Mundial, as forças da Resistência valeram-se da escrita para combater o invasor e o governo de Vichy que o apoiava. Intensificaram-se os escritos políticos e as Éditions de Minuit se destacaram. Saindo da guerra, a França exaurida ainda nutria gosto pela leitura e os estoques das editoras e livrarias haviam se esgotado. Na década de 1950, o PCF lançava suas “batalhas do livro”. As Éditions Sociales, os Éditeurs Français Réunis, depois o Cercle d’Art e La Farandole ocupariam terreno, formando rede de livrarias única no mundo não comunista,

juntando-se logo ao Centre de Diffusion des Livres et de La Presse (CDLP), estrutura de distribuição anterior à guerra.

Na década de 1960, outros editores decidiram ocupar o terreno do livro político, como as Éditions du Seuil. Havia ainda com extrema importância as Éditions de Minuit e o editor François Maspero. Na década de 1980, a situação mudou de figura e Mollier demonstra o declínio de algumas editoras e a continuidade da publicação por outras. A Queda do Muro de Berlim e a *débâcle* da União Soviética são marcos importantes para a publicação do livro político na França, o que certamente não significa o seu fim.

Fazendo novamente o movimento de passagem de um artigo sintético e panorâmico para análises delimitadas, os dois seguintes capítulos de *Edição e Revolução*, “O Livro na Política: As Editoras do Partido Comunista Francês (1920-1958)” de Marie-Cécile Bouju e “As Livrarias do Partido Comunista Francês (1944-2000)” de Julien Hage, buscam demarcar a evolução das editoras do PCF e o papel das livrarias ligadas aos comunistas ao longo do século XX.

Com o texto de Serge Wolikow, “História do Livro e da Edição no Mundo Comunista Europeu”, finaliza-se com a proposta de periodização da história do livro e da edição no mundo comunista europeu no “breve século XX”. O primeiro período seria o da “proximidade do horizonte revolucionário”, da revolução soviética em formação e do projeto revolucionário mundial, entre 1917 e 1929; o segundo, o da stalinização nacional e mundial do comunismo, de 1930 a 1955; o terceiro, o tempo das crises e das reformas abortadas, de 1956 a 1989.

Wolikow associa a história do livro e da edição no mundo comunista diretamente a seu projeto de poder. Ao menos no início, a política editorial do Komintern é tributária de herança secular, inscrita na tradição das Luzes: associa o saber com a tradição do movimento operário. Assim, *prolonga o legado* do movimento operário e socialista. No entanto, há novidade essencial colocada pelo comunismo como forma partidária organizada a partir de 1917: há uma associação entre o livro e uma concepção de combate político que coloca em seu centro a ação organizada do partido e seus militantes. Daí em diante, o livro é diretamente ligado à ação do Partido Comunista. Disso decorre o controle político sobre a produção editorial e a importância da edição para a ação política.

Organizado de maneira muito elaborada e consciente por dois grandes estudiosos da história dos livros, Marisa Midori Deaecto e Jean-Yves Mollier, os diferentes capítulos se complementam e contam uma história bem estruturada das edições comunistas no Brasil e na França ao longo do século XX. É certo que outras histórias podem ser narradas, inclusive sob a influência que este livro deve exercer sobre futuros pesquisadores do comunismo e das esquerdas. Quanto à proposta comparativa do livro, percebe-se, pelos capítulos que abordam a seção brasileira, que não se trata de mera comparação paralela, havendo íntima relação entre a formação da literatura comunista brasileira e o mercado editorial francês.

Os textos nos sugerem algumas observações. Interessa notar os marcos cronológicos que circunscrevem os dois conjuntos de artigos. Os quatro estudos brasileiros se delimitam ao período de 1919 a 1964. Trata-se basicamente do período em que começam a surgir os primeiros grupos influenciados pelas notícias da Revolução Russa dentro do movimento operário, dando origem finalmente ao PCB, até 1964, quando se dá o golpe de Estado que destrói toda a atividade legal ou semilegal dos comunistas até então. Se os marcos não se estendem para antes disso é porque, diferentemente do Partido Comunista Francês, que herdou estrutura editorial surgida anteriormente, o PCB não teve um grande Partido Socialista do qual herdar tradição e estrutura editorial. Os comunistas brasileiros surgiram das fileiras anarquistas e anarcossindicalistas que, sob forte repressão, especialmente no período das grandes greves de 1917 a 1919, não possuíam eles mesmos mais do que alguns jornais, ligados ou não a sindicatos.

Por outro lado, a história editorial comunista sofre o golpe tremendo da repressão instaurada pelo regime de exceção iniciado em 1964. Como apontaram Flamarion Maués e Angélica Lovatto, a Editorial Vitória e os Cadernos do Povo Brasileiro deixaram de existir logo nos primeiros dias

ditatoriais. Portanto, em termos de produção significativa, a história editorial comunista, como demonstram os textos apresentados em **Edição e Revolução**, se concentra entre 1922 e 1964, encerrando um ciclo de história.

Do lado francês, os textos têm como marco cronológico inicial a Revolução Francesa. O estabelecimento de tal marco nos remete à interpretação de Wolikow de que o projeto político comunista “[...] inscrito diretamente na tradição das Luzes, associa desde as origens o saber com a emancipação política e social, prolongando assim a tradição do movimento operário e socialista” (p. 313). É claro que tal interpretação deve ser relacionada ao projeto comunista mundial e não apenas ao francês. Além disso, tanto Mollier quanto Wolikow observam a originalidade que os comunistas do século XX associarão à prática editorial. Mas constitui matéria de interesse que todos os artigos franceses associem a história do livro comunista a um conceito mais geral de “Livro Político”. O marco cronológico final é o da queda do Muro de Berlim e do fim da União Soviética, o que constitui o golpe final em um movimento editorial que já vinha declinando nos anos 1980.

O livro **Edição e revolução. Leituras comunistas no Brasil e na França** se constitui em fonte de extrema importância para os estudos da história editorial de esquerda, brasileira e francesa. Não apenas as exposições e análises, mas ainda a documentação apresentada pelos pesquisadores deve estimular o crescimento, no Brasil, do campo do qual o historiador Edgard Carone foi o pioneiro.

Urge lembrar que em todos os estudos acerca das relações entre o comunismo e o livro político —recordando ainda que os estudiosos do livro são quase sempre bibliófilos apaixonados— surja sempre no fundo, às vezes conscientemente, às vezes sem mostrar sua face, aquela pergunta impertinente e incômoda: “os livros fazem revoluções?”. A partir dos excelentes textos de **Edição e Revolução** podemos tentar uma saída alternativa afirmando: se os livros fazem ou não revoluções não se sabe, mas eles estiveram presentes em todas as revoluções do *siècle des communismes*.

Felipe Castilho de Lacerda

(Programa de História Econômica/USP)

A propósito de Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson, **Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 272 pp.

El libro de Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson es el resultado de un proyecto académico a escala transnacional. Su aparición denota, por un lado, la preponderancia que la historia de la sociología ha ganado en países como Brasil y Argentina, especialmente en espacios como la Universidad de San Pablo y el Centro de Historia Intelectual dependiente de la Universidad Nacional de Quilmes. Por otro lado, y aún más significativo, **Sociología en el espejo** revela las relaciones que estas instituciones y sus equipos han mantenido de un tiempo a esta parte, a raíz de celebrar numerosos encuentros, reuniones, jornadas y congresos. Una buena muestra de ello puede ser advertida en la participación de ambos autores en una obra central para el estudio de la vida cultural e intelectual de la región como es **Historia de los intelectuales en América Latina** dirigida por Carlos Altamirano. Allí, mientras Blanco resumía la trayectoria de la sociología empírica asociada a la labor de Gino Germani en la Argentina, Jackson delineaba su devenir en el país vecino, en particular en ciudades como Río de Janeiro y San Pablo. En ambos casos, la tarea era reconstruir el derrotero, logros y vaivenes que condicionaron a la sociología desde su fundación en el ámbito académico a mediados del siglo XX, a partir de una mirada ajena a las batallas que esta misma disciplina supo generar y afrontar para instalarse como autoridad de legitimidad intelectual.

En efecto, la sociología no sólo está escribiendo su propia historia a partir del trabajo de jóvenes profesionales formados en ella —tal como también advierte Sergio Miceli en el sustancioso prólogo que acompaña a la edición—, sino que para ello utiliza herramientas, autores y enfoques forjados en su interior. En el caso de Blanco y Jackson, esa narración es afrontada apelando a los elementos que brinda la sociología de la cultura —sin por ello dejar de lado la historia intelectual— pero sobre todo el método comparativo. Precisamente, es la asunción de esta perspectiva uno de los aspectos novedosos y centrales del libro, visible en cada una de las tres partes que lo conforman y en sus consideraciones finales.

La primera parte, es un claro ejemplo de este afán comparativo que sus autores asumen desde y como un principio. La cuestión que preocupara tanto a Blanco como a Jackson es analizar de qué manera los “científicos sociales” —denominación que en particular refiere a un espectro de ese espacio: los sociólogos— pudieron imponerse en el mundo intelectual en Argentina y Brasil entre fines de la década de 1950 y principios de los años sesenta. En esa historia, nodal es comprender los múltiples frentes y condiciones sociales, culturales y políticas que los sociólogos afrontaron en sus innumerables luchas contra la tradición intelectual dominante en ambos países como era el ensayismo abocado —en especial desde los años treinta— a explicar la formación, devenir y crisis de las identidades nacionales. Sin embargo, a poco de andar los caminos transitados por cada nación revelan más diferencias que similitudes. Mientras que en la Argentina ese enfrentamiento fue de menor intensidad, en Brasil la afinidad temática e interpretativa que existió entre el ensayismo y la sociología implicó una mayor disputa en pos de imponer nuevos parámetros de legitimidad intelectual. En cambio, en la margen occidental del Río de la Plata, la preponderancia del ensayo de tipo histórico-político por sobre la vertiente positivista, configuró una producción discursiva alejada de la historia y la sociología. Los casos de Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz y Ezequiel Martínez Estrada, además de la revista **Sur**, son ejemplos acabados de la amplia difusión y consagración que este tipo de género gozó entre las élites culturales argentinas y en buena parte del expansivo mercado cultural durante los años treinta y cuarenta. A contramano de este proceso, en Brasil el mayor peso de la novela de interpretación social retrasó la aparición y fortalecimiento del ensayismo, aunque en éste último prontamente revelaría una significativa fuerza de la mano de escritores como Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda y Caio Prado Junior, todos formados y ligados a la vida universitaria y dotados de los instrumentos y procedimientos analíticos —el rigor de la base empírica y la apelación a figuras como Simmel o Boas entre otros aspectos— provenientes de su paso por este espacio. De esta manera, y aunque el trabajo no ahonde demasiado en términos de esta producción discursiva, la sociología en Brasil tuvo que afrontar una dura batalla para imponerse frente a literatos y ensayistas respecto a la Argentina. Aquí, en cambio, la vida intelectual estuvo dominada por un género y escritores que gozaban de una escasa inserción en la vida académica, hecho observable en la puesta en forma de su producción escrita carente de alquimia alguna con la historia y la sociología. Asimismo, que tal proceso haya sido exitoso en ámbitos como la Universidad de San Pablo y Buenos Aires se explica, por último, debido a los sustanciosos recursos materiales, políticos y simbólicos que contaban los sociólogos a fines de los años cincuenta.

Precisamente, analizar cómo la sociología pudo imponerse en términos institucionales en ambos países es el objetivo que se aborda en la segunda parte. Si bien lo que allí —en términos comparativos tanto con su primera como tercera parte— se alcanza es una menor novedad, ya que buena parte de lo que enuncian los autores había sido desarrollado en trabajos anteriores, se encuentra allí, sin embargo, un significativo aporte al estudio de la institucionalización de la sociología desde una perspectiva comparativa. Una comparación que, en rigor, adquiere una dimensión espacial aun más específica y precisa al privilegiar un marco más ciudadano —Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro— que regional o nacional. En efecto, los emprendimientos que llevaron a la sociología a convertirse en la estrella de la renovación científica e intelectual, se vinculó a tres dimensiones que afectaron específicamente a estas ciudades: una dinámica social vinculada con la inmigración y sus efectos democratizadores de las estructuras educativas y ámbitos dominados hasta mediados del siglo XX por las élites; una rápida modernización en la enseñanza y la investigación universitaria y, por último, en la profesionalización de la vida académica. De todo ello, se desprenden dos periodizaciones posibles que enmarcan a cada caso en particular. Si, por un lado, en el país vecino la sociología afrontó una secuencia de fundación,

expansión y especialización entre la Revolución de 1930 y el golpe de Estado de 1964, en la Argentina, por el contrario, se combinaron casi en un mismo tiempo más bien fases de fundación, retracción y recuperación. El surgimiento de figuras y líderes intelectuales como Florestan Fernández y Gino Germani, acaso sean los mejores ejemplos a la hora de considerar y evaluar las transformaciones señaladas aunque asumiendo contextos y perfiles disímiles. Fernández, a diferencia de Germani, fue producto exclusivo del sistema universitario paulista iniciado en los años treinta, ajeno a toda cuestión política y autónoma en el diseño de una agenda de investigación. En tanto, la biografía del italo-argentino revela de qué manera no sólo la moderna sociología debió afrontar su lucha contra la tradición anterior —reconocida en el grupo liderado por Alfredo Poviña— y la dependencia de disciplinas como la historia o el derecho, sino que tanto el tema de investigación de Germani —los efectos de la inmigración y la modernización— como su acceso a los principales resortes político-académicos y recursos económicos dependió en buena medida de su posición antiperonista y su apoyo a la política de “desperonización” iniciada con el golpe de Estado de 1955.

Ahora bien, si el éxito de la empresa de la sociología en el ámbito universitario y en la forma en cómo estableció una nueva forma de legitimidad intelectual, según los autores, ha sido por demás evidente, menos lo ha sido observar sus efectos en zonas ajenas, como es la de la crítica literaria. La renovación que tanto en Argentina como en Brasil se produjo en esta disciplina, fue posible no sólo por el exitoso modelo de científico social que propiciaban Fernández y Germani sino también por el surgimiento de un movimiento generacional, intelectual e institucional. Al estudio de este proceso, tomando para ello a las figuras de Antonio Candido y Adolfo Prieto, está abocada la tercera parte. Condicionados y a su vez actores decisivos de este acto de renovación que afectó para siempre la labor de la crítica literaria, tanto Candido como Prieto, conforman el reflejo de una acción que tendió a establecer un nuevo status “científico” para la disciplina, y así desplazar a las antiguas y tradicionales camadas que hasta ese momento dominaban ese espacio. Y aunque el reconocimiento alcanzado por Candido en el espacio cultural brasilero se constata en la repercusión que alcanzó su obra en el medio —sobre todo en revistas y libros—, en el caso de Prieto esto es difícilmente homologable, debido a la preponderancia y el éxito que adquirió la empresa liderada por David Viñas, por lo menos hasta principios de la década de 1980. Por último, si bien resulta por lo menos llamativa esta incursión por la historia de la crítica literaria, en vez de optar por continuar indagando en torno al rol desempeñado por la sociología en los tan cambiantes y complejos años sesenta y setenta, es probable que lo señalado logre explicarse gracias a que a través de su tratamiento, lo que buscan los autores es constatar los logros cosechados por la sociología en la vida intelectual de ambos países. Pero también, y en especial a través de la figura de Prieto, lo que el estudio de su figura deja entrever es el límite que esta empresa tuvo que afrontar en su búsqueda por renovar las herramientas de análisis y la teoría de la crítica literaria, hecho que se advierte en la pregnancia y legitimidad que, como revela el caso del grupo Contorno, todavía gozaba la idea de hacer confluir al crítico con el novelista, el ensayista y el político.

Martín Ribadero
(IEALC/UBA-CONICET)

A propósito de Leandro De Sagastizábal y Luis Quevedo, **Optimistas Seriales. Conversaciones con editores**, Buenos Aires, Eudeba, 2015, 301 pp.

El libro editado por Leandro de Sagastizábal y Luis Quevedo reúne una serie de entrevistas a editores argentinos. Brinda, en palabra de sus protagonistas, un panorama acerca del estado actual de la actividad editorial. A partir de testimonios basados en trayectorias personales, anécdotas y memorias, las entrevistas recorren las condiciones de producción en las que operan los editores, las transformaciones de su oficio y del mercado editorial durante las últimas décadas. El libro consta de veintiuna entrevistas precedidas por una introducción. Allí los autores afirman

que se proponen aportar a la construcción de un archivo y fortalecer la profesión mediante el relato de trayectorias de los actores protagonistas y sus modos de acción.

El sector editorial argentino se constituyó históricamente como un espacio de producción heterogéneo, tanto en cuanto a la diversidad de actores, el tamaño de las empresas y temáticas publicadas, como en cuanto al grado de autonomía con respecto al mercado u otros poderes. En las últimas décadas el proceso de concentración reconfiguró este espacio, que pasó a estar dominado por los grandes grupos de capital transnacional. Como contracara, a principios de la década del presente siglo surgieron una numerosa cantidad de editoriales en un principio autodenominadas “independientes”, muchas de las cuales harían su camino como pequeñas y medianas empresas profesionalizadas. Si bien ante la inferioridad de condiciones estas editoriales situaron su principal competencia en el plano simbólico, varias lograron insertarse en los espacios dominantes de circulación de literatura y libros y disputarles mercados a los grupos mediante una revitalización del oficio. **Optimistas Seriales** sobrevuela este momento y relata las historias de editoriales muy disímiles en cuanto a diversos factores, tales como: el tamaño de las empresas —desde el editor del grupo multimedia Planeta, hasta el de la pequeña Aurelia Rivera—; la trayectoria de sus editores —como el caso de los históricos Daniel Divinsky de De La Flor, Alberto Díaz, de Siglo XXI y Víctor Landman de Gedisa, frente a los jóvenes Carlos Díaz, también de Siglo XXI y Leopoldo Kulesz de Del Zorzal—; los géneros publicados por la editorial —representantes de editoriales literarias como Leonora Djament, de Eterna Cadencia, y Gloria López Llovet, de la histórica Sudamericana adquirida por Random House, así como de editoriales infantiles y educativas—; la posición en torno a los polos de la edición de editores más comerciales como Trinidad Vergara de VyR y más próximos al polo cultural, como Siglo XXI, y en cuanto al público al que apuntan, desde editoras generalistas como Ana María Cabanellas de Claridad y Luz Henríquez de El Ateneo, hasta editoras especializadas en el público universitario como Patricia Picolini, de la Red de Editoriales Universitarias Nacionales.

De acuerdo con Pierre Bourdieu, el editor es un personaje doble que media entre la cultura y los negocios: para publicar un libro debe conciliar ambos aspectos conflictivos, los cuales le brindan al sector una lógica económica y simbólica. Aun teniendo en cuenta la heterogeneidad de las editoriales, la mayoría de los entrevistados acuerda con este carácter dual del oficio, atravesado por la creciente mercantilización de la producción cultural. El discurso de los editores acerca del carácter de intervención cultural que tiene el oficio, convive con el realismo de la sustentabilidad económica de los proyectos y de la generación de ganancias. Así, en los relatos de cada uno de los editores conviven en tensión afirmaciones del tipo “el editor es un creador” y “ninguna editorial puede subsistir si los libros no se tratan como cualquier otro producto comercial, como chorizos o prendas de abrigo”, de Divinsky, o “trabajamos con intangibles, con producción cultural, intelectual y artística que convertimos en un objeto que luego se comercializa”, de Fernando Esteves, de SM. También en las trayectorias aparecen manifestaciones que coinciden con un cambio de época, como el caso de Alberto Díaz, uno de los actores clave de la primera fundación de Siglo XXI en Argentina, quien al pasar a formar parte del grupo Planeta reafirma la importancia de haber incorporado herramientas de “*management*, de control de costos y de planificación editorial”.

En este sentido, uno de los principales aportes de **Optimistas Seriales** es la presentación de los editores como parte de un sector cultural atravesado por transformaciones profundas, relacionadas con lo que el historiador Jean-Yves Mollier llama un “nuevo paradigma de la edición”, en el que la lógica financiera de los grupos impone condiciones a los demás actores. Uno de los modos de adaptación a esa situación es la profesionalización del oficio. Los entrevistados se alejan de la visión del editor tradicional, cuya intervención activa dentro del campo intelectual convivía con modos artesanales de trabajo, los cuales podían trabar el crecimiento y la sustentabilidad de la empresa. En las preguntas y las respuestas aparece la profesionalización de la actividad, provocada también por el escenario que se configuró en los últimos años: el proyecto cultural de injerencia en el debate intelectual no puede ser escindido de un aprendizaje técnico y de una planificación comercial del catálogo. En palabras de Leopoldo Kulesz, “me fui profesionalizando a los golpes y equivocándome mucho [...] Cuando el catálogo crece no hay alternativas. Para mantener la presencia y el crecimiento hay que organizarse”, cuestión que

se manifiesta en las capacitaciones de los pequeños y medianos editores en la Carrera de Edición de la UBA y en la Feria de Frankfurt. El libro recorre también otras problemáticas de la actualidad editorial, tales como la construcción del catálogo y su equilibrio, el libro digital y las tensiones entre el editor y su empresa.

Optimistas Seriales se inscribe en la reciente colección “La Vida y los Libros”, que ya tiene otros tres títulos publicados: el **Manual para editores del siglo XXI**, de Fernando Esteves; **Un editor de tres siglos. Los libros y la vida de Arnaldo Orfila Reynal**, de Carlos Díaz, Alejandro Archain y Gonzalo Álvarez y **Arturo Peña Lillo. Un editor argentino**, una completa investigación histórica realizada por De Sagastizábal y Alejandra Giuliani acerca de la trayectoria y el catálogo del editor de Arturo Jauretche y Abelardo Ramos. Esta colección que combina libros técnicos con investigaciones históricas sobre editores tiene el mérito de aportar al creciente campo de estudios sobre el Libro y la Edición. La contribución de **Optimistas Seriales** radica en brindar insumos —los propios testimonios— que brindan un panorama de la dinámica actual del espacio editorial local. Los autores no se proponen analizar las entrevistas ni llevar a cabo un trabajo sociológico o historiográfico de la edición, sino dar a conocer el punto de vista de los actores acerca de la mediación editorial en un momento de transformaciones que merecen ser analizadas en profundidad.

Como afirma Bourdieu, el editor es el personaje con intereses concretos que se encarga de las operaciones de selección y marcado de textos al inscribirlos en determinada tradición. En este sentido, la selección de los entrevistados, los discursos que los protagonistas elaboran y la colección en la que se inscribe, brindan un panorama acerca del cambio de época en el mundo editorial actual. Los modos de hacer tradicionales expresados en tantas memorias de editores son paulatinamente reemplazados por prácticas y representaciones asociadas a una nueva etapa de profesionalización de la actividad. **Optimistas seriales** describe estas transformaciones a partir de testimonios de primera mano.

Ezequiel Saferstein
(CeDInCI-CONICET)

A propósito de Hugo Vezzetti, **Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la guerra fría**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2016, 288 pp.

Este libro de Vezzetti, en cierto modo, reúne sus intereses previos: por un lado, la historia de las disciplinas “psi”, y por otro el análisis de la cultura política argentina, la izquierda en particular. Sin embargo, por el período que retoma —de 1948 a 1964—, el texto delinea una zona de indagación poco frecuentada, tanto en su producción como en la literatura disponible.

El texto se inserta dentro de la renovación de los estudios del comunismo local, ya que ofrece una mirada transnacional, al analizar el escenario local en función de otros espacios, en particular, Londres, París, la URSS y EE.UU., y de actores como la ONU y las organizaciones internacionales comunistas. También propone una reconsideración del comunismo como un actor cultural positivo, más allá de la habitual caracterización que lo reduce a una cerrada ortodoxia. El texto analiza el surgimiento, desarrollo y caída de una ortodoxia psiquiátrica comunista, que decodificó el enfrentamiento cultural entre la URSS y EE.UU. en términos de politizar el campo “psi” y rechazar ideológicamente al psicoanálisis. El recorrido se realiza en cuatro densos capítulos, entre la “obertura” y el “final”. La apertura destaca las principales líneas de trabajo: por un lado, la reconstrucción de una trama de médicos intelectuales primero ligada al positivismo, luego a los movimientos antifascistas, y más tarde al Partido Comunista Argentino (PCA); por otro, la reconsideración de la historia local del psicoanálisis, el cual no puede considerarse sólo desde la perspectiva de sus practicantes y apropiaciones, sino también a la luz de las controversias y oposiciones que generó. Finalmente, Vezzetti reconsidera los aspectos propositivos del partidis-

mo comunista, no ya desde una mirada desde los cuestionamientos realizados en los sesenta por propios y extraños; un esfuerzo meritorio considerando que el autor antes había adoptado esa postura, dada su filiación previa con la “Nueva Izquierda”. El libro busca entonces conjugar la historia de la cultura de izquierda y la historia de las disciplinas “psi” desde la historia intelectual y los estudios de recepción.

El primer capítulo analiza el despliegue del zhdanovismo como una respuesta a la “doctrina Truman” y el modo en que esta contienda cultural definió la oposición comunista al psicoanálisis. En Francia, ésta fue orquestada desde la cúpula del partido, pero en la Argentina surgió “desde abajo”, de sus psiquiatras e intelectuales, sin la intervención de los dirigentes. Ello permite revisar el lugar común que reduce las políticas culturales comunistas a un verticalismo irresistible. La figura central aquí es Gregorio Bermann, por su ubicación como intelectual filo-soviético, por rechazar un psicoanálisis que antes había promovido y por sus propias ideas psiquiátricas. El capítulo dos introduce el escenario londinense, donde después de la Segunda Guerra Mundial se producen fuertes transformaciones en la psiquiatría angloparlante, mediante nuevas organizaciones internacionales como la Unesco. La propuesta de una psiquiatría orientada a lo social entonces propuesta fue rechazada por los sectores comunistas como una ideología burguesa sostenida en un psicoanálisis que consideraban individualista e irracional. El capítulo tres se centra en Bermann quien, en tanto compañero de ruta, abrazó el partidismo comunista, condenó al psicoanálisis y a su vez retomó el programa de una psiquiatría orientada a lo social en las páginas de **Revista Latinoamericana de Psiquiatría**. Junto a él, figuras como Jorge Thénon y Julio Peluffo propusieron una psiquiatría basada en las tesis de Pavlov, el nuevo héroe científico de la URSS. El cuarto capítulo muestra los problemas que generó este partidismo psiquiátrico; José Bleger, un psicoanalista afiliado al PCA, siguió a la psiquiatría comunista francesa, que luego de 1956 abandonó la impugnación al psicoanálisis, y sostuvo que las tesis de Freud pueden ser recuperadas por el materialismo dialéctico. Esto generó una controversia en varias publicaciones, que llevó a que los psiquiatras pavlovianos organizaran en 1958 una sesión partidaria que cuestionó a Bleger. La psiquiatría comunista finalmente entró en crisis la década siguiente y quedó fuera de competencia frente al psicoanálisis, aun con la intervención de los dirigentes en 1964, ya sin alternativas para revertir el ocaso tanto del partido como del pavlovismo.

Vegetti reconstruye un proceso de politización de la psiquiatría desde el seno del comunismo, lo que revela puntos de continuidad y productividad allí donde antes sólo se había señalado rupturas de una ortodoxia estéril. Ciertamente no reivindica a los comunistas, pero es sensible a dinámicas menos obvias respecto de la generación de las ortodoxias y los vínculos entre las autoridades políticas y los intelectuales. Por su recorte, enfoque y problemas que despliega, el libro es una valiosa contribución a los campos específicos que cruza y, de modo general, a la historia intelectual.

Luciano Nicolás García
(UBA-CONICET)

A propósito de Mariana Canavese, **Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2015, 224 pp.

“Amplia, intensa y heterogénea”, así caracteriza Mariana Canavese la recepción de los trabajos de Michel Foucault en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. Quizá la ausencia de un estudio detallado, hasta ahora, se deba justamente a estas cualidades que hicieron de sus usos una “pieza clave del mapa político cultural de nuestra sociedad” (p. 21). Resultado de un profundo trabajo de investigación, el libro se interna en un terreno que se presenta a la vez inexplorado y en disputa. Su autora sigue minuciosamente los rastros de la cita foucaultiana en múltiples itinerarios intelectuales y políticos, atenta a los procesos que moldean lecturas singulares y los modos en que éstas son puestas en juego a la hora de la reflexión crítica sobre la realidad argentina.



El texto se organiza atendiendo a una doble clave, a la vez cronológica y problemática. Esta lúcida decisión sobre la disposición del corpus permite que cada uno de los capítulos condense diferentes coyunturas y, por tanto, condiciones de posibilidad, en las que los enunciados foucaultianos aparecen, circulan, confrontan, se desplazan, estabilizan provisoriamente sentidos, y habilitan (u obturan) usos políticos específicos. Así, el primer capítulo recorre los indicios de las primeras (y tempranas) menciones a los textos de Foucault en el marco de un proceso de modernización cultural signado por la emergencia de la nueva izquierda, la creación de carreras universitarias, la proliferación de iniciativas editoriales independientes, y la búsqueda por definir el lugar del intelectual en el campo político. Se destaca en este marco la publicación de una antología en español de textos sobre Foucault compilada por José Sazbón, que constituye la primera íntegramente en español y, posiblemente, en el mundo, fuera de Francia. Tempranamente y con traducción local de **Enfermedad mental y personalidad** se signa el inicio de la publicación de los libros de Foucault en nuestro país. Sin embargo, el texto era ya citado en su versión francesa por prominentes figuras del psicoanálisis local como José Bleger. También se encuentran registros de trabajos de Foucault en el campo de la filosofía y la crítica literaria, así como también en la discusión teórica política en torno a la relación entre izquierdas y estructuralismo. A partir de estas primeras vías de circulación, la autora logra dar cuenta con detalle de los fluidos vínculos de distintos espacios intelectuales locales con la cultura francesa a lo largo del período estudiado. En este sentido, entre los años sesenta y principios de los setenta, la cita foucaultiana llegaría tanto por la "vía" de la crítica sartreana como por su "inclusión dentro del frente estructuralista" (p. 47). Sin embargo, el anuncio de la "muerte del hombre" en **Las Palabras y las cosas** se presentaba disonante en tiempos de radicalización política humanista y de las resistencias locales al estructuralismo. Uno de los hallazgos de la investigación constituye la identificación de huellas foucaultianas en distintas publicaciones de interés general, o al menos, destinadas a un público más amplio, como la revista **Criterio** o el diario **Primera Plana**.

El segundo capítulo, trabaja sobre las lecturas y lectores de los textos de Foucault desde mediados de los setenta hasta inicios de la década del ochenta. Surge entonces una pregunta nodal para pensar derivas posteriores: ¿cuál fue el "efecto Foucault" en años de un campo político intelectual signado por el miedo, la muerte, el silencio y los dispositivos de control y vigilancia de los cuerpos? En este punto, el libro de Canavese propone una lectura alejada de ciertos lugares comunes y apresurados que podrían desestimar la posibilidad de circulación de la cita foucaultiana en tales condiciones para registrar múltiples zonas de circulación a través de publicaciones como **Puntos de Vista**, la revista **Los libros** e incluso el diario **La Opinión**. En ámbitos académicos, la presencia de Foucault se verifica especialmente en el ámbito de la psicología, tanto en cátedras como en las publicaciones producidas por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) o la **Revista Argentina de Psicología** (RAP) quien le dedica un *dossier* en el año 1980. Asimismo, el libro destaca la presencia de los textos de Foucault como referencia teórica ineludible para ampliar la mirada sobre la arquitectura, las transformaciones urbanas y su enseñanza. Sin lugar a dudas, la presencia de la referencia a Foucault en el diario **Convicción**, históricamente asociado al almirante Emilio Eduardo Massera, interroga los sentidos de su circulación y propone inquietantes hipótesis al lector presto a clasificar usos inesperados. Los últimos años de la dictadura serían el escenario de la producción, tanto local como desde el exilio de reflexiones acerca del encierro, el poder y la subjetividad, retomando referencias más o menos explícitas a **Vigilar y Castigar**. Según señala la autora, si bien el nombre Foucault no fue del todo silenciado durante los años setenta, es recién a comienzos de los ochenta, con la apertura democrática, cuando su mención se hace más habitual.

En el capítulo tercero se analizan distintos niveles de relación que se suscitaron entre la circulación y apropiación de los textos de Foucault en la trama de debates que dieron forma a la crisis local del marxismo y sus consecuentes redefiniciones político-culturales. Es sabido que Foucault mismo otorga en sus textos centralidad a Marx en tanto fundador de discursividad al tiempo que reniega de las expresiones del marxismo "vulgar" o netamente economicista y discute las herramientas marxistas como crítica científica de la modernidad. Nos enfrentamos entonces a una serie de vaivenes y ambigüedades que se multiplican en sus usos y apropiaciones. Según señala Canavese, los textos de Foucault podían proveer argumentos a todos los "contendientes" de una

disputa que daría forma a la vida política intelectual local de los años subsiguientes. Muchos de los argumentos esgrimidos en torno a la historia, el marxismo, el poder y sus relaciones marcaron efectivamente las formas de lectura de los textos de Foucault hasta nuestros días. Éstas van desde la asimilación de los textos de Foucault como ineludible complemento a cualquier análisis marxista de la formación de la fuerza de trabajo y el individuo moderno, hasta su rechazo cabal en tanto postulados “postmodernos” y obturadores de la política. Conviven estas caracterizaciones con la apropiación de las categorías foucaultianas para ampliar el análisis del ejercicio del poder sobre los cuerpos, la micropolítica, la sexualidad y la ética. Algunas de estas líneas signarían las formas de trabajo que se describen con detalle en el capítulo 4, cuando al decir de la autora, Foucault era ya “parte del aire” y sus usos y menciones comienzan a multiplicarse, ingresando con fuerza a los programas universitarios en Ciencias Sociales y Humanidades, los incipientes Estudios de Género, la reflexión sobre la situación carcelaria, y la relación entre delito y sociedad. La circulación y los usos de Foucault alcanzarían inusitada dispersión y velocidad a partir de la década del noventa. Un acertado balance final brinda pistas para comprender algunas de sus derivas actuales.

El libro constituye un interesante aporte al debate teórico vigente sobre la historia intelectual, sus categorías y métodos. Si bien se distancia explícitamente de lo que podría considerarse un análisis foucaultiano de Foucault es posible distinguir en su urdimbre un modo de lectura y de interrogación que remite a una aproximación genealógica a la cuestión que aborda. La pregunta principal del texto es por el presente y sus evidencias: ¿cómo es que un conjunto de textos publicados bajo el nombre de Foucault llegaron a ser cita obligada en múltiples discusiones teóricas y políticas? ¿Explica algo la remanida referencia a la existencia de una “moda Foucault” o de un fenómeno editorial la vastedad de su circulación y la intensidad de las disputas político-intelectuales que la atraviesan? ¿Cuándo y cómo llegó Foucault a ser Foucault? La apuesta de Mariana Canavese es rarificar, extrañar estas evidencias. Y para ello, desconfía de las respuestas rápidas y apela a las tensiones, la heterogeneidad y la dispersión. En ese camino, el texto rompe con la unidad del autor y avanza estabilizando mapas de problemas en los que las citas aparecen, circulan por lugares inesperados, buscando dar cuenta de la singularidad de sus usos. El libro en sí mismo constituye una interesante apuesta por explicar, más allá de describir, la singularidad y la belleza de los usos en cada una de las coyunturas abordadas, cuyas capas sedimentadas llegan a nuestros días. Así, es posible leer en las huellas recobradas esos precisos instantes de la rareza en los que se inauguran lecturas, trazan líneas de investigación, se arman y desarman grupos de afinidad o se entrelazan áreas temáticas que marcaron la formación de, al menos, un par de generaciones.

Paula Lucía Aguilar
(IIGG/ UBA-CONICET)

A propósito de Cristian Leonardo Gaude, **El peronismo republicano. John William Cooke en el Parlamento Nacional**, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015, 112 pp.

El peronismo republicano de Cristian Gaude recorta como objeto de análisis el periplo parlamentario de John William Cooke durante el primer gobierno de Perón, con el objetivo de identificar de qué modo republicanismo y peronismo se articulan en un discurso político. Se trata de una tesis que sigue los protocolos de la investigación académica, pero al mismo tiempo de una intervención que habilita un conjunto de preguntas sobre el presente. El cruce entre la investigación y la intervención es lo que nos proponemos reseñar aquí.

Comencemos por la tesis. Frente a una larga tradición, de la que participan peronistas, no peronistas y anti-peronistas, que considera a la expresión “peronismo republicano” como un oxímoron de la lengua política, Gaude sostiene que dicha expresión encuentra una articulación consistente en los discursos de Cooke como diputado nacional por la Capital Federal durante el primer gobierno de Perón.



Esta sola afirmación supone un doble “descentramiento” polémico. Por un lado, respecto al propio Cooke, ya que sus discursos en el parlamento adquieren la suficiente densidad en el texto de Gaude como para leer desde aquí la entera “unidad de vida y obra” de Cooke, desplazando así el papel central que las distintas bibliografías y memorias militantes le asignan a su acción en el marco de la Resistencia Peronista, o como “ideólogo” de la izquierda peronista. Por otro lado, lo que aparece también descentrado en esta argumentación es la palabra de Perón, porque en la tesis de Gaude no sólo se afirma que hay un peronismo republicano, sino también que hay peronismos cuya decodificación puede realizarse sin tener en cuenta la voz de Perón en el gobierno. De hecho, la tesis nada afirma acerca de si el discurso del propio Perón podría o no ser leído en clave republicana y ello no implica ningún obstáculo para que Gaude desarrolle esta investigación.

Sin embargo: ¿en qué sentido sería republicano el peronismo de Cooke? Para responder esta pregunta, Gaude apela a un uso no contextualista de los historiadores contextualistas, entre ellos, Quentin Skinner, para recuperar dos formas antitéticas de republicanismos en un plano de análisis que evoca menos a la cuestión del “régimen político” que a la temática del discurso político: el republicanismo “liberal” —la adjetivación corre por cuenta de Gaude— y el “popular”. Así, y en una distinción que recuerda las categorizaciones que comenzaban a circular desde fines de los años setenta en Latinoamérica respecto a la “democracia formal” y la “democracia participativa”, Gaude caracteriza al republicanismo “liberal” como un discurso fundamentalmente individualista, anti-estatalista, que piensa la libertad en clave negativa, es decir, como “ausencia de impedimentos”, que establece una clara escisión entre esfera privada y esfera pública —y en esta distinción aquella tiene prioridad sobre ésta— y que en definitiva asocia la política con la neutralización de la conflictividad de cualquier raíz; en cambio, el “republicanismo popular” constituye el verdadero espejo invertido del “liberal”, en tanto queda definido como un discurso estatalista basado en una radical interpretación del principio de la soberanía popular, que apela al bien común como instancia superadora de la escena escindida entre lo público y lo privado propia del liberalismo, que recupera el valor de la conflictividad como pilar de la dinámica política y que finalmente concibe a la libertad no en términos negativos sino, en diálogo con Pettit, como “no-dominación” y, más aún, como “autogobierno”.

Ahora bien, la distinción polémica entre dos republicanismos antagónicos pierde algo de su fuerza provocativa ante el tipo de indagación a la que nos invita el texto: dada una retícula conceptual previamente definida, el trabajo crítico se reduce en última instancia a ponderar hasta qué punto el pensamiento de Cooke se ajusta a alguno de estos casilleros con antelación diagramados, aunque el lector puede sospechar rápidamente que, así definidas las cosas, el de Cooke no puede dejar de ser un republicanismo popular.

Sin embargo, para alcanzar esa conclusión es necesario asumir algunas premisas que no están argumentadas en el texto. En efecto, cuando el autor se dedica a identificar núcleos de sentido que permitirían filiar el discurso de Cooke como parlamentario con el “republicanismo popular”, lo que se ofrece como evidencia es un conjunto de tópicos que conservan un “parecido de familia” con algunas de las variantes del “revisiónismo histórico”, o de los tantos nacionalismos que proliferaban en la década del treinta y del cuarenta, entre ellas, el enfrentamiento entre elite y pueblo como clave explicativa de la dinámica histórica y política, el diagnóstico por el cual se caracteriza a la Argentina como un país “semicolonial”, la reivindicación del caudillismo como mediación insuprimible entre masas y Estado, entre otros.

Ahora bien: ¿alcanza con apropiarse de una lectura “revisionista” —de las diversas vertientes que circulaban en aquella época, por otra parte— para definir a un discurso, en este caso, el de Cooke, en términos de un “republicanismo popular”? En verdad, algunos revisionismos, como el de los hermanos Irazusta, quizás puedan ser inscriptos en el horizonte de los republicanismos, pero difícilmente en alguno de los que se pueda adjetivar como “popular”; y el “revisiónismo” forjista, por citar otro ejemplo ¿colocaba en el eje de sus demandas la cuestión de la “república”? Las preguntas en torno a este punto pueden multiplicarse: ¿es el “pueblo” del revisionismo el “pueblo” de la voluntad general de Rousseau? ¿Ocupa la figura del caudillo un rol similar al que ocupa la figura del “Legislador” en el republicanismo radical? El antiimperialismo revisionista,

¿expresa centralmente una preocupación por la “república”? ¿Es, finalmente, el discurso histórico revisionista un discurso de legitimación del Estado o, como más bien parece, un discurso de impugnación de la voz estatal? En torno a la otra referencia utilizada por Gaude para filiar a Cooke con el republicanismo popular, el Nicolás Maquiavelo de **Discursos sobre la primera década de Tito Livio**, se podrían plantear preguntas similares. Desde el punto de vista del contenido, pero sobre todo desde el punto de vista de los usos del lenguaje disponible, las equivalencias que supone el texto parecen más complejas de lo que su autor estaría dispuesto a reconocer.

Si ello es así, es porque el razonamiento que sostiene esta argumentación se basa en gran medida en una analogía según la cual la distinción entre “republicanismo liberal” y “republicanismo popular” resulta equivalente a la distinción entre “historia liberal” y “revisionismo”: es esta analogía la que por contraste invita a sostener que el nacionalismo popular de Cooke es prueba suficiente de un discurso que se coloca en las antípodas del liberalismo argentino, también en su versión republicana. Pero el problema de este supuesto, además de los interrogantes arriba mencionados, es que buena parte de las representaciones atribuidas a Cooke por Gaude también formaban parte del repertorio de lo que podría caracterizarse como el “republicanismo liberal” argentino en sus distintas versiones decimonónicas. Así, el revisionismo popular no era original cuando planteaba la necesidad de representar a la Nación por sobre los intereses de las partes que la componían: tal como señala Tulio Halperín Donghi, es Bartolomé Mitre quien con el Partido de la Libertad inaugura en la tradición política argentina la idea de que su partido debía aspirar a representar a la totalidad del cuerpo político y no a alguna de sus partes; a su vez, la legitimación de los caudillos como mediadores entre instituciones y pueblo, si bien en clave historicista, esto es, no como el corolario último de la historia sino como una de sus fases admisibles, se puede encontrar tanto en la mitrista **Historia de Belgrano** como —y fundamentalmente— en las **Bases** del Alberdi, donde los caudillos son reconocidos como sujetos políticos legitimados para conducir el proceso de modernización que añoraba el intelectual tucumano; finalmente, la impugnación a la oligarquía en clave popular no es un invento ni de Cooke ni de sus fuentes revisionistas, sino que es un tópico reconocible desde la emergencia del “civismo” que se activa en la Revolución del Parque y que en ocasiones se conjuga con componentes “irredentistas” que dejan su huella en distintas vertientes intransigentes del radicalismo que, por supuesto, Cooke no desconocía e, incluso, de manera insospechada, en diversas generaciones políticas venideras. En este sentido, resulta sugerente el modo en que también Halperín Donghi reconoce en los versos de Francisco Urondo que forman parte de **Adolecer** —al fin y al cabo una trayectoria política con bastantes puntos en común con la de Cooke—, los ecos de ese “civismo irredento” decimonónico.

De este modo, el discurso de Cooke se torna difícil de caracterizar en los términos en que lo hace Gaude por dos razones convergentes: la tradición republicana argentina no es tan sencilla de caracterizar a partir del clivaje liberal/popular y los usos de lenguajes nacionalistas que aparecen en el discurso de Cooke no necesariamente se orientan a la legitimación de una República Popular. De hecho, lo que Cooke busca es legitimar una experiencia, la Revolución Peronista, y lo que singulariza su intervención es el modo de inscribir esta legitimación al interior de la experiencia peronista, una modalidad recurrente en su entera trayectoria. En efecto, Cooke es el nombre que encierra un drama histórico y político bien concreto: de qué modo una experiencia política popular —la Revolución Peronista— que Cooke tempranamente, en calidad de parlamentario, comprende como una experiencia política radical —y que insiste en caracterizarla en esos términos años después como referente de la Resistencia Peronista o como intelectual orgánico de la izquierda peronista revolucionaria— puede, sin embargo, alcanzar o “elevarse”, en el sentido hegeliano del término, a su verdadero concepto, pero al interior de un diagnóstico según el cual la historia es pensada no como el terreno apolíneo de la dialéctica, sino como un campo de fuerzas en disputa con resultado incierto en virtud del carácter opaco que median entre los sujetos y sus identidades políticas. Es por ello que no resulta difícil identificar la unidad de vida y obra de Cooke en el cruce complejo que surge entre una vocación intelectual que busca conceptualizar una experiencia política popular y transformadora —y que la tesis de Gaude ofrece, sin proponérselo, sobradas evidencias sobre cómo éste intenta, en tanto parlamentario, legitimar en términos conceptuales e ideológicos a la Revolución Peronista (sin que nadie le encargue esa tarea, empezando por Perón)— y a una militancia arrojada a la historia en la que ha de darse la batalla para que finalmente el sujeto político de la Revolución Peronista alcance, comprenda



y realice su significación histórica. Aunque suene clásico y convencional, lo que queremos decir simplemente es que en el Cooke parlamentario detectamos un intento de conceptualización e ideologización de la experiencia peronista en términos esencialmente similares a lo que expresó más tarde la izquierda peronista de la cual él fue su principal mentor, entendiéndolo por “izquierda peronista” la voz dentro del peronismo que se identifica con el movimiento nacional no por lo que es, sino por las potencias transformadoras que sería capaz de desatar en tanto se haga cargo de su misión histórica, diferenciándose así del peronismo doctrinario que cierra filas dentro de un esquema de mando “papista” o de su vertiente más conservadora que encuentra en cada manifestación popular la aquiescencia divina.

Si la tesis de **El peronismo republicano** resulta controvertida respecto al propio pensamiento de Cooke, no menos cierto es que, desde el punto de vista de los debates que promueve ya en tiempo presente, el libro de Gaude termina siendo una intervención de índole cookeana. En efecto, si **El peronismo republicano** es un libro esencialmente cookeano es porque al plantear que el republicanismo es una memoria o identidad política disponible en la historia del peronismo, ello habilita la apropiación de este legado en la actualidad. Dicho de otro modo, el republicanismo popular sería una forma de autoconciencia disponible para el peronismo en estos días. La pregunta que se desprende aquí es si el kirchnerismo, dentro de los peronismos vigentes, sería la experiencia histórica que el concepto de “republicanismo popular” reclama significar.

Gaude nada dice respecto a estos temas, pero el destinatario de este libro conoce que las ideas del director de la tesis, Eduardo Rinesi, van en ese sentido. En efecto, según un diagnóstico que sostiene que el anti-kirchnerismo construyó hegemonía adueñándose de los sentidos políticos socialmente legitimados de la “República”, se tornaría necesario entonces presentar una disputa en torno a este concepto y **El peronismo republicano** contribuiría a esta tarea ofreciendo evidencias de que el actual peronismo dispone de toda una tradición —y de un nombre clave, el de Cooke— para dar esta disputa sobre significación histórica. A su vez, ello permitiría explorar una vía de análisis alternativa a la agenda teórica laclausiana (en la que el vínculo entre poder político y participación popular aparece mediado por el debate en torno al populismo), para de este modo recolocar la cuestión del Estado —lo no pensado según Rinesi desde la transición democrática— en el eje del debate sobre el nexo entre poder político y pueblo.

Como sea, y aunque no sea éste su objeto, el libro de Gaude deja abierta la pregunta acerca de las zonas de intersección entre el peronismo y la tradición republicana argentina en tiempo presente. ¿Es el republicanismo un límite que el peronismo está dispuesto a imponerse —con más o menos transgresiones, pero límite al fin— para asumirse “democrático”, tal como lo reclamaba en los ochenta su “renovación”? ¿Es, más que un límite, una forma de construcción política genuina, pero retraducido en una jefatura que se ejerce en nombre del “bien común”, sobre la base de una autorización popular, en contra de los poderes indirectos y corporativos y en territorio estatal? ¿Sería el “republicanismo popular” la verdadera consumación del postulado de la “autonomía de la política” de la que tanto se hablaba en los ochenta? ¿Esa intersección entre republicanismo y peronismo es la misma que la que existe entre legalidad y legitimidad, en los términos en que hoy puede aspirarse a una confluencia en este sentido? ¿O la conjunción entre peronismo y republicanismo sólo ha de darse en el contexto de la excepción, es decir, en el seno mismo del conflicto entre la legalidad y la legitimidad, y entonces el peronismo sería así un republicanismo de excepción, al estilo 2002? Finalmente, el peronismo o mejor, el kirchnerismo, su mejor intérprete por doce años, hoy derrotado: ¿ha sucumbido porque perdió la disputa por la república o, más trágicamente, porque perdió la disputa por lo popular? ¿Sería el Frente Ciudadano el modo de reasumirse republicano y popular pero en tiempos en que ya no dispone de la conducción del Estado? Si todas estas preguntas que se desprenden de esta intervención

resultan sugerentes, es probablemente porque la versión que ofreció el kirchnerismo del peronismo ha sido la más cookeana de todas, en el sentido en que Gaude describe la etapa parlamentaria de Cooke en este libro interesante para pensar el presente.

Matías Farías
(UBA)

A propósito de Esteban Campos, **Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60**, Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 220.

El libro de Esteban Campos se enmarca en el campo de estudios de la historia reciente argentina abordando en profundidad una fuente poco trabajada: la revista **Cristianismo y Revolución**. El período de su análisis abarca los últimos años de la década de 1960 y primeros de la siguiente para reflexionar, a través de la revista, sobre los orígenes de Montoneros. Desde el primer trabajo fundante de Richard Gillespi sobre esta temática, y considerando también el de Lucas Lanusse, poco se ha escrito al respecto y en este sentido resulta un aporte sustancioso.

El trabajo aborda en términos generales el discurso elaborado por la revista **Cristianismo y Revolución**, dirigida por el ex seminarista Juan García Elorrio y su compañera Casiana Ahumada, desde su aparición en 1966 hasta su occlusión en 1971. Su estudio busca explicar el paso de la militancia política e intelectual al uso de las armas para la toma del poder. Según Campos, fue en **Cristianismo y Revolución** donde se encontraron, para luego seguir sus caminos, cuadros dirigentes de lo que sería Montoneros.

En términos generales, el análisis del discurso de la revista busca abordar los siguientes tópicos: a) el vínculo entre el catolicismo y las organizaciones armadas; b) la reelaboración del discurso católico en los años sesenta; c) la inclusión en ese discurso de los trabajadores como sujetos de la acción revolucionaria; d) el problema de la violencia y el binomio política-violencia; e) la construcción de la subjetividad política; y, por último, f) el lugar que ocupó la figura de Perón en el contexto previo de su llegada al país y la forma en que se vinculó la estrategia del líder al proyecto de hegemonía alternativa que, según Campos, presentó la revista.

El libro entonces afirma algunas cuestiones interesantes para entender el proceso previo a la formación de Montoneros y el cruce entre cristianismo, marxismo y peronismo. Campos entiende que la radicalización ideológica llevó a militantes del catolicismo renovador a la construcción de organizaciones armadas que tomaron posiciones anticapitalistas y socialistas y que este giro a la izquierda fue mediado por el nacionalismo, asumiendo la identidad peronista como clave argentina de la revolución latinoamericana.

Esto último lo explica afirmando que las formas del pensamiento político-teológico durante el período 1967-1968 fusionaron tradición y modernidad e incorporaron a la violencia dentro de aquel esquema de pensamiento. La violencia fue en el discurso militante, no sólo un medio para la lucha política sino también un fin en sí mismo: el ejercicio de la fuerza y la organización militar eran las claves para jaquear el monopolio de la violencia estatal y construir una hegemonía alternativa. Campos afirma que la violencia popular no era solamente una estrategia discursiva sino una realidad palpable que comenzó a ser justificada desde la ética cristiana al absorber la denominada "teología de la violencia". Esta última mostró un deslizamiento de la teología conciliar hacia una teología de la violencia que intervino directamente en el debate político y que tendió a justificar cada vez más la violencia popular a través de la teología. La violencia se convirtió en redentora en la revista y sería el medio-fin que se opondría al terrorismo de la Triple A y al terrorismo de Estado luego de 1976. Esto último habría generado una preferencia por el valor de la acción.

La revista incorporó también en su discurso el lenguaje marxista a través de la figura de la clase obrera: si hasta 1968 ésta no constituía un actor central para **Cristianismo y Revolución**, a partir del "Cordobazo" se constituirá en el agente central del cambio revolucionario. Se advertía dentro de este esquema las potencialidades revolucionarias del peronismo: según Campos, para 1970 las representaciones religiosas de **Cristianismo y Revolución** sobre el mundo del trabajo comenzaron a ser eclipsadas por fenómenos inéditos como la aparición del clasismo y el Peronismo de Base.

Campos se esfuerza en demostrar que, a pesar de ciertas contradicciones aparentes (como por ejemplo, aquellas atribuibles a la convivencia armónica entre peronismo, cristianismo y marxismo) la revista elaboró una trama simbólicamente coherente. Ese discurso, representativo



del proyecto hegemónico de **Cristianismo y Revolución**, trató en los últimos números de volcar la legitimidad de Perón del lado de las organizaciones armadas peronistas.

Estos son los tópicos que deja entrever el libro dividido en seis capítulos (1. El catolicismo renovador en **Cristianismo y Revolución**; 2. Teología y revolución; 3. Los trabajadores en **Cristianismo y Revolución**; 4. Reportaje a la guerrilla argentina; 5. Sujeto y vanguardia en **Cristianismo y Revolución**; 6. ¿Un proyecto de hegemonía alternativa?). Es el último capítulo el que presenta la apuesta principal de Campos: pensar la revista como la punta de lanza de un proyecto hegemónico que si bien nunca pudo realizarse, sigue siendo una experiencia indispensable para pensar las estrategias del campo popular en la historia reciente argentina. A pesar de todo, esa hegemonía alternativa no existió en el nivel de las prácticas concretas, y, según Campos, a partir de 1971, frente a una nueva correlación de fuerzas, el proyecto articulado en la revista fue herido de muerte.

En el análisis de Campos, el vínculo entre peronismo, marxismo y cristianismo presenta numerosas aristas que no encuentran su cierre en el texto, pero su intervención invita a seguir pensando. Además de sus aportes, el trabajo también deja abiertos algunos problemas y tensiones. Primero, en cuanto a lo metodológico y la fuente utilizada: el trabajo se centra en el análisis de la producción escrita de **Cristianismo y Revolución** y lo enlaza con algunas entrevistas a algunos militantes. Aunque manifiesta su intención de abordar la llegada que tuvo la revista, no logra acercarse al lector.

Por otro lado, hay una idea presente en el texto de que el diálogo entre cristianos y marxistas es visto como un fenómeno de "importación": ¿cuánto de este fenómeno es importado y cuánto es en realidad reflejo de algo que sucede en varios lugares al mismo tiempo?; ¿cuánto hay de apropiación, copia y cuánto de producción? El trabajo presenta una tensión constante entre lo que vino de afuera, lo que copió y/o apropió nuestra cultura política.

Por último: el trabajo muestra progresivamente un declive de lo religioso en la revista: ¿qué queda de la dimensión religiosa en esta experiencia?, ¿cuánto de la religión se expresa en el origen de estos grupos y continúa? Una última pregunta y siguiendo el punto anterior: el trabajo no ahonda (y quizás sea ese el desafío próximo de algún historiador) sobre cuáles fueron las características, las ideas y los rasgos presentes en **Cristianismo y Revolución** a fines de los '60 que continuaron en Montoneros en los años '70. El libro muestra cuáles fueron los militantes Montoneros que pasaron por allí pero no qué ideas de este período se mantuvieron en la organización. Quizás esto permitiría comprender mejor la afirmación de que en **Cristianismo y Revolución** se encuentra el origen de Montoneros.

El de Campos es un trabajo que vuelve la mirada a los sesenta para repensar el origen de las organizaciones armadas y resulta una introducción obligada para quienes busquen entender aquellos años en Argentina y Latinoamérica. Aporta al debate sobre el origen de Montoneros principalmente al demostrar que éste fue heterogéneo. La radicalización de los católicos aún no había recibido la atención necesaria y el libro demuestra el lugar decisivo que ocupó en la configuración de la cultura política de algunos integrantes de Montoneros.

Wanda Wechsler
(UdeSA/IDES (NE))

A propósito de Daniela Slipak, **Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones**, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2015, pp.

En los últimos años la investigación sobre el pasado reciente y las organizaciones armadas de los años setenta ha crecido y generado el planteo de nuevas preguntas, alejadas de la idealización de la militancia o de la sentencia de sus errores. Este es el caso de **Las revistas montoneras. Cómo**

La organización construyó su identidad a través de sus publicaciones, de Daniela Slipak, socióloga por la Universidad de Buenos Aires.

Este libro analiza las representaciones, concepciones, relatos y discursos que surcaron el espacio montonero, a través de las revistas oficiales, poniendo el acento en la dimensión identitaria. Las revistas son las editadas por la organización desde su aparición pública hasta el último golpe de Estado. Al mismo tiempo, Slipak atribuye una importancia considerable a los antecedentes simbólicos, estudiando en su primer capítulo la revista **Cristianismo y Revolución** (fundada por Juan García Elorrio en septiembre de 1966), que si bien no fue órgano de prensa de la organización, varios de sus primeros integrantes estuvieron ligados a ella. Las otras revistas analizadas son: **El Descamisado**, publicada de mayo de 1973 a abril de 1974; **El peronista lucha por la liberación**, de existencia corta, de abril a mayo de 1974; **La Causa Peronista**, publicada de julio a septiembre de 1974, y los primeros números de **Evita Montonera**, correspondientes al período diciembre de 1974-marzo de 1976. Por su parte, también son objeto de su estudio las publicaciones de las dos más importantes disidencias: **Puro Pueblo**, publicada por la columna de José Sabino Navarro, de julio a septiembre de 1974 y **Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional**, perteneciente a un sector relacionado a la Juventud Peronista Lealtad, editada de abril a septiembre de 1974.

El primer capítulo indaga sobre los antecedentes de la organización a través de **Cristianismo y Revolución**, examinando las significaciones sobre la "violencia revolucionaria". La autora sostiene que la revista otorgaba a la violencia un carácter instrumental —en la cual la lucha armada era un medio para la revolución socialista— así como una dimensión sustantiva en la que la lucha armada era un ámbito de realización del individuo y de la nueva moralidad. Al mismo tiempo, se vinculaba el ejercicio de la violencia al concepto de justicia, a una justicia ligada tanto a la figura del pueblo como a la pasión de la venganza. Una gramática bélica y un conjunto de figuras cristianas constituyen el marco en estas significaciones.

Slipak insiste en que **Cristianismo y Revolución** no marcó unilateralmente el porvenir montonero, pero, advierte, que no debería subestimarse su relevancia al explorar los antecedentes simbólicos de la prensa de la organización.

Al adentrarse en el análisis de las revistas montoneras propiamente dichas, **El Descamisado** va a ser interpelado por la autora a través de la pregunta sobre el origen que la organización construyó. Aquí sale de aquellas explicaciones que ponen el acento sólo en el secuestro y asesinato de Aramburu y las raíces cristianas de buena parte de los militantes, para detectar en la publicación el mito de origen del primer peronismo (17 de octubre de 1945) y el relato de la Resistencia (1955). El problema del vínculo entre Perón y el pueblo atraviesa gran parte del libro. Para Slipak, en **El Descamisado** se veía al pueblo ligado de forma inmediata y espontánea a Perón, integrando con él una diada invisible; y gracias a su presencia, era un pueblo digno y feliz. El lugar otorgado a Perón en ese esquema era decisivo, siendo ese momento feliz el 17 de octubre de 1945. Pero este no es el único origen que la publicación expone; el otro es 1955: la frustración frente a la edad de oro del decenio anterior, provocada por la separación del vínculo inmediato y espontáneo entre Perón y el pueblo. Sin embargo, la publicación no describió esta última instancia como pura pérdida: al obligar al pueblo a iniciar una larga cadena de luchas por la recuperación del estatus precedente y por el retorno de Perón, habría despertado en él una naturaleza "combativa" que lo habría convertido en un sujeto resistente.

De esta manera, en la revista, la noción de revolución no sirvió tanto para identificar la llegada del marxismo a partir de la fusión con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), ni para encontrar un conjunto de pautas programáticas cerradas, sino para vislumbrar la caracterización de un pasado perdido y la proyección de un futuro constantemente diferido. Así mismo, la publicación recuperó al revisionismo histórico, su inscripción en autores de la izquierda nacional y en algunas declaraciones de Perón. De esta forma, reinventó la tradición peronista imbricando a la organización con el pueblo.

Es en el capítulo tercero que Slipak trabaja sobre estos temas y donde marca distancia con los trabajos de Silvia Sigal y Eliseo Verón, sosteniendo que es menos importante sentenciar sobre la irresuelta elección de la juventud entre el peronismo y el pueblo que analizar su significación y su incidencia en la construcción de la identidad montonera.

Atendiendo al carácter relacional de toda identidad política, Slipak otorga un valor importante en su análisis a las exclusiones en la retórica de las revistas. Las oposiciones se centraron en militares, dirigentes sindicales, funcionarios y políticos peronistas, a los que catalogaban como intermediarios y negociadores. Mientras que la relación con Perón osciló entre la teoría del cerco y las críticas explícitas, se le reconocía y se le cuestionaba un lugar constitutivo. Por su parte, al analizar la idea de organización, la autora advierte un movimiento pendular: que reclamó el liderazgo de Perón y, al mismo tiempo, la participación del pueblo en los asuntos públicos. Esto es en paralelo a un vínculo político vertical que demandó una presencia popular sin interfaces ni asociaciones intermedias.

Slipak se enfrenta a la hipótesis que sostiene que Montoneros intentó reemplazar a Perón en la conducción del movimiento. Considera que lo que propuso la prensa legal fue una concepción comunitaria distinta a la de Perón. Mientras este último sostuvo la necesidad de estructurar al pueblo con asociaciones intermedias representativas, las revistas montoneras dieron por sentada la inmediatez de la voluntad popular, su independencia de los mecanismos dinámicos de agregación y construcción, y su vínculo directo con el líder, sea este Perón o la Conducción Nacional. Así, cualquier organismo intermedio resultaba sospechoso de corromper aquella voluntad. En consecuencia, se trataba de una reconstrucción de la tradición peronista distinta a la de Perón, a pesar de su común apelación al pueblo.

El capítulo cuarto está destinado a estudiar las publicaciones de las dos disidencias: **Puro Pueblo** y **Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional**. El análisis de estas publicaciones permite a la autora desarticular interpretaciones lineales de la "izquierda peronista", en las cuales se asume su unidad y su desarrollo unidireccional, de la Resistencia en adelante. Slipak sostiene que por detrás de esa "izquierda peronista" se escondía una amplia gama de grupos con reivindicaciones, formas organizativas, identidades y reconstrucciones de la tradición peronista disímiles, y con apreciaciones sobre la política, el poder parlamentario, las elecciones, los partidos políticos, los sindicatos, la violencia armada y la democracia, también diversas.

En "**Evita Montonera: la ley de la revolución**", último capítulo del libro, se muestra cómo la organización estipuló una codificación interna de delitos, sanciones y procedimientos jurídicos. Sobre la base de una idea de justicia alternativa pensada para las huestes propias, presentó una reglamentación que se tradujo y profundizó en la prensa. Para construir la comunidad militante, **Evita Montonera** prescribió combatientes obedientes, heroicos y sacrificiales, rescatando los símbolos de **Cristianismo y Revolución** que tampoco habían faltado en la prensa legal.

A modo de cierre, debemos considerar que, a lo largo de todo el libro, la autora pone en debate la idea del desvío y la del espejo, aquella que sostiene que el proyecto político inicial con su compromiso social se habría convertido en un ámbito militar, violento, jerárquico y burocrático por decisión de la cúpula dirigente, imitando así lógicas ajenas como las de las fuerzas armadas, la política gubernamental u otra organización revolucionaria. Frente a esto la autora muestra que el arribo de lo militar no fue tardío, sino que desde los comienzos de la organización los documentos y las revistas superpusieron la política y lo militar. No se trata de negar la creación en 1975 del Ejército Montonero, sino de ligarla a los símbolos originarios que imbricaron la política a lo militar. Asimismo, cuestionar la fórmula del desvío burocrático no implica desestimar el predominio creciente de los dirigentes más rudimentarios, sino situarlo en formas constitutivas de pensar la relación entre los militantes y el espacio colectivo que tendieron a borrar las divergencias y distinciones. Lo mismo sucede con la supuesta llegada de la categoría de vanguardia y el viraje al marxismo a partir de la fusión con las FAR ya que, según el análisis de Slipak, las revistas no patentaron transformaciones al respecto.

En resumidas cuentas, el libro **Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su**

identidad a través de sus publicaciones, logra poner en cuestión planteos lineales no sólo sobre Montoneros sino también sobre la década del setenta, haciendo un estudio pormenorizado de las lógicas identitarias. De esta manera, invita a repensar y reformular preguntas sobre nuestro pasado reciente.

Carolina Lucía Quaglia
(UdeSA, UNLu)

A propósito de Federico Finchelstein, **Orígenes ideológicos de la "Guerra Sucia". Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, 342 pp.

El libro de Federico Finchelstein actualiza una pregunta clave para los historiadores que estudian pasados traumáticos, a saber: cómo fue posible el horror. Es una pregunta eterna, condenada a no ser saldada en forma satisfactoria nunca, pero a la vez productiva en la medida en que las diversas hipótesis, las nuevas perspectivas y la inclusión de fuentes de distinta naturaleza proporcionan claves para pensar los itinerarios políticos del siglo XX. El problema planteado por el autor es formulado de la siguiente forma: "cómo fue posible que la llamada Guerra Sucia pudo haberse hecho realidad en un país moderno, con una sociedad fuerte, progresista." (p. 16) Para abordar este problema el autor propone una hipótesis audaz en la medida en que una fenómenos ubicados en diferentes contextos históricos; "el fascismo proporcionó la base para los principios y prácticas de la violencia que el gobierno argentino desató contra un grupo de sus ciudadanos en la década de 1970." (p. 15) Es decir, la hipótesis principal sostiene que durante el período de entreguerras se conformó un núcleo ideológico que proporcionó una estructura de ideas, discursos y prácticas disponible para ser reapropiada por diversos fenómenos —desde el nacionalismo uriburista hasta la última dictadura militar, pasando por los tacuaras y la Triple A, entre otros— durante todo el siglo pasado.

La estrategia del autor para demostrar este vínculo entre nuestros horrores pasados y recientes es construir una genealogía de la violencia política del siglo XX argentino. Los fenómenos políticos que Finchelstein selecciona para analizar este linaje político son de muy distinta naturaleza ya que incluye regímenes, movimientos y agrupaciones políticas, grupos paramilitares, intelectuales y miembros de la Iglesia Católica. Al recolocarlos en un mismo itinerario, Finchelstein reflexiona sobre los elementos de una determinada "cultura política" signada por la violencia, cuyas "construcciones ideológicas" habrían sido incluso más influyentes que los fascismos europeos "en la configuración de la historia del violento siglo XX de la nación y de la cultura política del país." (p. 21) La recurrencia a la comparación de estos fenómenos políticos locales con las experiencias de los fascismos en la Europa de entreguerras es una constante en el transcurso de la obra. No obstante, las diferencias están presentes en la argumentación. Para el autor, éstas radican más en la dimensión de los fenómenos y menos en el contexto histórico asegurando que "los argentinos fueron más modestos" que los fascismos europeos. Una particular reformulación de los moldes europeos hizo de la experiencia argentina una síntesis denominada por el autor —indistintamente— como "cléricofascismo", "fascismo criollo", "fascismo cristiano", "fascismo cristianizado", etc.

Más allá de los problemas metodológicos que presenta la utilización de conceptos complejos para explicar fenómenos políticos de naturaleza muy diversa, el intento de reconstruir una "cultura política de la violencia" en la historia del siglo XX en nuestro país es una vía interesante que permite descubrir conexiones de formas discursivas y prácticas que se encuentran disponibles en diversas coyunturas. Estos repertorios provistos de formas de resolver los problemas sociales; de responder a las crisis políticas; de definir al enemigo y de pensar una nación podrían aludir a un sustrato histórico común sedimentado por subculturas políticas que coexisten, dialogan y batallan. Desde nuestra perspectiva, el autor acierta en su elección al abordar el tema de las derechas —tema que viene siendo estudiado en profundidad hace más de dos décadas— a

partir del concepto de *cultura política*. En primer lugar, porque esta categoría permite incorporar aristas de los fenómenos estudiados ignorados por un enfoque más tradicional de la historia política. En segundo lugar, porque autoriza una mirada de largo alcance siempre que se atiende a las transformaciones de la cultura política en cuestión, ya que éstas no son estáticas. Muy por el contrario, son formulaciones cambiantes que van acomodando las tradiciones a las exigencias de la coyuntura. Justamente estas características —las diferentes formas que asume la política y las transformaciones que sufre constantemente— son las que exigen una rigurosa explicación de quiénes eran los actores; qué lugar tenían en el sistema político —esto es ponerlos en relación a otros actores de la época—; cómo el contexto determinaba las decisiones políticas de estos actores; y cuáles fueron las pugnas instauradas con otros grupos por imponer una determinada idea de nación. En nuestra opinión, tal vez el texto podría ganar fuerza explicativa enfocando con mayor profundidad estas cuestiones. Justamente porque el universo de las derechas ha sido fragmentado, inestable y complejo quizás algunos elementos del contexto político podrían ayudar al lector a organizar un mapa más preciso. No obstante el trabajo de Finchelstein, exhaustivamente documentado y argumentado, presenta una excelente síntesis de investigaciones propias y de otros investigadores del campo que tiene como resultado la recuperación de viejas preguntas y el planteamiento de nuevos y actuales problemas sobre las culturas políticas, los cuales invitan a pensar sobre el peso de las herencias y la reactualización de las mismas.

En suma, **Orígenes ideológicos** es un libro de fácil lectura para un público amplio, que logra su cometido: llevar al lector por los sinuosos caminos que las derechas han recorrido durante el siglo XX argentino. La reflexión, lejos de quedar en nuestro pasado reciente se extiende hasta ciertas ideas, representaciones y actitudes que han pervivido hasta nuestros días demostrando —siguiendo la tesis del autor— que están verdaderamente arraigadas en la cultura política argentina. Cabe preguntarse entonces cuáles son las condiciones que permiten que ciertas culturas políticas aniden en instituciones y en grupos sociales más allá del consenso democrático extendido y sostenido hace décadas en nuestra región.

Mariela Rubinzal
(CONICET-UNL)

A propósito de Néstor Perlongher, **Correspondencia**, Buenos Aires, Mansalva, 2016, 251 pp.

Las cartas enviadas por Perlongher entre los años 1976 y 1992, de las cuales ya habíamos tenido oportunidad de leer aquellas remitidas a su amigo Osvaldo Baigorria entre 1978 y 1986 en **Un barroco de trinchera** (Mansalva 2006), fueron compiladas y anotadas por la investigadora Cecilia Palmeiro y publicadas en abril de 2016, por la misma editorial. Contra la ambición que trasunta el título (“Correspondencia”) es justo señalar que no se trata de *todas* las cartas escritas por Perlongher entre los años mentados, sino las conservadas a lo largo del tiempo por una copiosa red de colegas, conocidos y amigos. La lectura del conjunto da una imagen polifacética del autor de **Austria-Hungría**. El que escribe es, qué duda cabe, un escritor, pero también un activista de la disidencia sexual, un tesista doctoral acosado por los protocolos académicos y su propio tedio, un antropólogo, un cronista del *desbunde* y el paisaje brasileiros, un latinoamericano estrepitosamente infeliz en la llamada “ciudad luz”, y un místico ocasional. También, a partir del 26 de noviembre de 1989, cuando Perlongher —en una carta a su íntima amiga Sara (“Sarita”) Torres— confiesa la aparición de aftas en su lengua, las misivas comienzan a participar de manera creciente del subgénero “crónica del sidario” practicado por, entre otros, Pedro Lemebel (y felizmente perimido con la aparición del cóctel en 1996 que hizo del HIV una enfermedad crónica tratable).

Dos cartas intercambiadas entre Reinaldo Arenas y Néstor Perlongher presentes en la antología de Palmeiro remiten precisamente al rasgo fragmentario del género epistolar que mencionábamos arriba, que, junto con su carácter de instrumento de comunicación escrita, dialógica y diferida

entre espacios distintos (Cfr. Barrenechea 1990) ya debería ser aceptado como su tercer “invariante genérico”. En efecto: las respectivas familiaridades y confesiones que salpican estas dos misivas conservadas (de Arenas a Perlongher, con fecha del 16/11/1984, de Perlongher a Arenas, con fecha del 10/10/1985) nos habilitan a hipotetizar que son, apenas, esquilas de un intercambio tanto más extenso, hoy perdido. En otras palabras: el género epistolar es siempre indicial. No hay “correspondencias completas” (así como no existen las “obras completas”), sino simplemente “cartas (conservadas)”: vestigios de una gigantesca red de sociabilidad que, como una crisálida, envuelve a cada individuo —por misántropo que éste haya sido, por poco dado a socializar con sus pares— y sólo la muerte puede romper.

Y no sólo disponemos de “restos” —en el sentido de “ruinas”— para inferir esta construcción dialógica total, sino que, en tanto lectores avisados, nunca deberíamos olvidar el hecho de que la mayor parte de las veces los epistolarios que llegan a nuestras manos han debido atravesar una serie de cribas y censuras —por parte de su productor directo, o bien de sus herederos y albaceas, o bien por parte del editor responsable de “hacer libro” de un puñado de cartas— previamente a la instancia de publicación.

Lo señalado nos lleva una segunda consideración poco menos que crucial al momento de abordar las cartas remitidas por agentes que son escritores profesionales, que participan —aunque no completamente— del universo de los “epistolarios de los hombres ilustres” (denominados así en oposición a los llamados “epistolarios ordinarios” que tanto fervor han suscitado entre los defensores de la “nueva historia”). Tal como lo señalaba Laura Fernández Cordero en un trabajo publicado en el n° 14 de **Políticas de la Memoria**, las cartas nos obligan a reconsiderar ese tramposo hiato interior-exterior (en alguna de sus versiones más remanidas: público-privado, individual-social). En efecto: las “cartas de escritor” siempre se envían —como las de los “hombres ilustres”— teniendo como horizonte un destino público y la posteridad. No son una mera excrecencia de la vida íntima ni un reflejo de la interioridad ni la periódica reafirmación de un pacto epistolar (*el secreto*) entre dos seres que nosotros como lectores vendríamos a violentar, sino —en el caso específico de los escritores— el espacio *per se* de enunciación del “proyecto escriturario” y un laboratorio estilo. Al respecto, podría afirmarse de manera quizá algo temeraria que, habida cuenta de la cantidad de epistolarios de hombres de letras que fueron a imprenta desde fines del siglo XVIII, hoy en día la “carta de escritor” es un género literario consolidado, con sus reglas y sus grandes modelos. En el caso de Perlongher, es claro el gesto de estar escribiendo para “la posteridad” cuando, luego de pasar al ordenador como herramienta de escritura, afirma solemnemente en una carta a su amiga Beba Eguía que “Ahora todo lo que escriba quedará registrado para siempre en el disco duro”.

Pero las “cartas de escritor” no son sólo un género literario, sino también campo de acción y de estrategia. De manera prototípica, en ellas se habla del aspecto más crasamente material del quehacer literario: con qué dinero y cómo solventar una publicación, dónde y con quién editar, a quién pedir una contratapa o un subsidio. También en ellas se trafica información sensible: se piden y otorgan direcciones postales de terceros más poderosos (como editores, directores de revistas en las cuales se pretende publicar, o pares ya consagrados). Se tejen alianzas, se rinde pleitesía, se conspira. Las cartas enviadas por Perlongher en la era predigital frecuentemente están acompañadas por pedidos urgentes de revistas y libros. El poeta y antropólogo se desespera porque no le llegan ejemplares de las revistas con las cuales colabora, ni los diarios donde aparecen reseñados sus libros. Escribe desde el Brasil pero —porque las bases no están, como ocurre hoy, “en línea”— daría lo mismo estar sobre un *iceberg* en el Polo Norte, ya que depende de sus amigos más fieles —Beba Eguía y Sara Torres— para que ellas busquen y le envíen por correo postal las bases en formato papel de, por ejemplo, la beca Guggenheim, que finalmente ganará. *Last but not least*, las misivas de escritores son el espacio típico de la lectura compartida. Perlongher envía fotocopias y ejemplares de sus libros; recibe y comenta títulos de, entre varios, Reinaldo Arenas, Tamara Kamenszain y Ricardo Piglia. Casi siempre, estas “lecturas compartidas” aparecen regidas por la lógica del don.

Más allá de la considerable cantidad de destinatarios que aparecen en esta antología, sobresalen sin duda las cartas enviadas a quienes seguramente fueron las dos amigas más fieles de



Perlongher: Sara Torres y Beba Eguía. En ellas, el estilo neobarroso típico de Perlongher se vuelve dicharachero y límpido. Las frases aparecen escritas sin cálculo, descarnadas, animadas por la ternura filial, un despotismo dulce, los escarceos del chisme, la música de la conversación. Perlongher cuenta con ambas y solamente con ellas para tener casa y comida cada vez que visita Buenos Aires, para que rueguen por su salud, para que se alegren verdaderamente por sus logros académicos y literarios y se apiaden de sus fracasos (sólo amorosos). La mera exhumación de estas cartas, que se recortan del todo como una bella joya de fantasía, justificaría la aparición de este libro, que celebramos.

María Virginia Castro
(CeDInCI/UNSAM)

*A propósito de Carolina Arenes y Astrid Pikielny, **Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 2016, 350 pp.*

Félix, hijo de militantes del PRT-ERP desaparecidos, que sabe poco del destino de su padre y nada del de su madre; que busca, que pregunta y averigua; que trabajosamente reconstruye y sistemáticamente olvida y que, quizás, encuentra en la escritura desacralizada y el humor disruptivo algo parecido a la conjura.

Eva, hija de militantes montoneros desaparecidos, criada por un tío paterno, ex jefe de inteligencia de la ESMA, en quien confía y a quien quiere profundamente aunque se lo haya encontrado culpable y condenado a cadena perpetua por secuestros, torturas y homicidios; todos crímenes en los que Eva no cree —“es un error, se equivocan”, dirá— y sobre los que ha decidido no leer, no indagar, por más que entre esos crímenes figure la responsabilidad y/o el encubrimiento por el asesinato de su madre y la apropiación de su hermana Victoria, nacida en cautiverio y entregada a otro marino, también condenado a cadena perpetua.

Aníbal, abogado, hijo de un ex teniente coronel que cumple condena en la cárcel de Marcos Paz; que lleva la voz cantante en la denuncia de lo que, insiste él, constituyen procesos judiciales viciados de ilegalidad (el de su padre, por ejemplo); que encabeza escraches contra Ricardo Lorenzetti pero no duda en abrirle las puertas de Marcos Paz a Félix —el que busca, reconstruye y olvida— para que, en diálogo con los allí alojados, pueda éste saber algo más del destino de su padre (aunque esa pequeña porción de verdad finalmente no llegue nunca).

Mariano, que conoce como pocos de infancias tristes, de pobrezas y desamparos, porque era un bebé cuando se llevaron a culatazos a su padre —militante de base de la Juventud Peronista, pintor de brocha gorda y peón golondrina— y a su madre la echaron de la fábrica y los vecinos le dieron vuelta la cara; que tuvo su primer trabajo estable con la llegada del kirchnerismo y su primera posibilidad de justicia cuando en 2010 el Tribunal Oral en lo Criminal Federal n° 2 de Mendoza condenó al padre de Aníbal (el abogado) por la desaparición del suyo.

Mario, hijo del dirigente máximo de Montoneros, de infancia excepcional si las hay, que enaltece y reivindica la figura de su padre y su historia; la entiende, la comparte, porque así siente que defiende la suya propia; porque quizás sea sólo aceptando aquella herencia que pueda contrarrestar el peso del apellido Firmenich.

Malena, hija de un militar retirado en 1978, condenado a cuatro años y medio por un secuestro del cual jura y perjura que no participó; hija desesperadamente leal que lo dejó todo —una promisorio carrera periodística en España y un noviazgo al borde del altar— para estudiar Derecho y salvar a ese padre en cuya inocencia (y sólo en la de él) cree fervientemente y dice poder demostrar.

Analía, que al igual que Malena tiene a su padre preso pero que, a diferencia de ella, no puede apostar por su inocencia porque se atrevió a indagar y ahora sabe; sabe que su papá, el que la consentía, el que le escribía cartitas amorosas y la llamaba “Vizcachita mía” es, también, “Doctor K”, el torturador antisemita y particularmente sádico del circuito Atlético-Banco-Olimpo; y allí va Analía, con su infierno a cuestas y la ingobernable necesidad de contar esa verdad, de pronunciarla aquí y allá, como si así pudiera domesticarla, distanciarse y dejar constancia de que aunque porte el apellido de él no la habita eso que anida en su padre y que lo ha convertido en *monstruo*; allí va ella, con el íntimo, imperioso y quizás suplicante deseo de que ese padre, que es también “Doctor K”, reconozca, confiese, admita; allí va, esperando encontrar en un arrepentimiento y una palabra que nunca llegan no ya la salvación del padre, sino su propia sanación; porque apuesta a que la verdad, aunque duela, cura.

También Delia busca una confesión, un reconocimiento, pero uno distinto: el de esa mujer que hoy declara en los juicios de lesa humanidad como sobreviviente de La Perla, abriendo con esas declaraciones las puertas del horror vivido, y que Delia reconoce —está segura, no lo duda— como la jovencita que cuarenta años atrás participó del operativo en el que OCPO mató, delante de sus propios ojos, a su padre, un ejecutivo de IKA-Renault. Está segura, no lo duda, insiste, “las dos sabemos”, refuerza; y no busca castigos ni habla de perdón, pero quiere que “ella diga”, que reconozca, que acepte... y que sepa de ese otro dolor, “el de las víctimas de las víctimas” sobre el que nadie parece querer oír, ni hablar.

Luciana, que aún crecía en el vientre de su madre cuando ésta fue torturada; que pocas semanas después nació en la maternidad clandestina de Campo de Mayo; que pasó años y años de su vida rodeada del silencio empecinado de su madre, silencio que quién sabe desde cuándo comenzó a percibir como encubridor de un dolor tan profundo como sagrado y que por eso respetaba, por miedo a dañar; que fue siendo ya una mujer adulta cuando escuchó finalmente la verdad sobre su padre, al que evoca por su nombre, a saber: que Osvaldo fue fusilado por miembros de su propia organización (Montoneros) el 8 de abril de 1977 tras un juicio sumario que él mismo solicitó por haber “cantado” bajo tortura, delación que causó la caída de su mujer embarazada. Y desde que supo esa verdad, esa de la que nadie quiere hablar, esa que no entra ni en las reparaciones ni se viva en los homenajes, esa que no se inscribe en los relatos consagrados, Luciana decidió no ser la “guardiana” de la memoria montonera, decidió contar, enunciar, decir, porque si se retira de la posibilidad de hablar, afirma, queda alienada para siempre de su propia experiencia.

Luis, que contaba tan sólo con 15 años cuando su padre, de alias “Ángel”, oficial de Gendarmería especializado en inteligencia e integrante de los grupos de tarea de La Perla, lo llevó a trabajar con él al Destacamento de Inteligencia 141 de Córdoba; que bajo el mando de ese padre participó armado de varios operativos y destruyó cientos y cientos de documentos, fotografías, cartas, papeles, informes, etc.; que escuchó una y otra vez, como forma de adoctrinamiento, las grabaciones de los interrogatorios realizados bajo tortura; que desde antes, desde muy chico, sufrió en su propio cuerpo los estallidos de violencia arrasadora de “Ángel”; que sabe muy bien lo que es el odio, el odio de verdad, porque odió desde aquel entonces y aún odia a su ya fallecido padre; que sufre de insomnio y trastornos de ansiedad y que no puede parar de hablar, sencillamente no puede, necesita denunciarlo todo: desde los detalles de los crímenes presenciados hasta la complicidad entusiasta de su madre quien hoy, siniestra y descaradamente, niega, calla, miente.

Estas son, en apretadísimas e injustas líneas, algunas de las historias retratadas en **Hijos de los 70**: un recorrido que, en conjunto, va de la reivindicación serena, militante o altiva del nombre del padre, al parricidio simbólico, íntimo, de difícil pronunciación, siempre doloroso, liberador. Encarnaciones infinitamente únicas del gran universal.

Se trata de una investigación periodística en clave testimonial; de escucha sensible, de mirada aguda y escritura cuidadosamente trabajada, arisca a los golpes bajos y los sensacionalismos, y que, sin grandilocuencias, con palabras precisas, sencillas y espesas a la vez, logra *decir* el drama de cada cual, aun de aquellos cuyas voces incomodan, molestan, irritan, porque no se sabe qué hacer con ellas, porque no hay lugar para ellas en la aparentemente consagrada constelación de

sentidos sobre el pasado setentista.

Por eso se trata claramente de una intervención, de una osada intervención. Porque no sólo ilumina los *conflictos por la verdad y la memoria* en su expresión primaria, la de cada quien, sino sobre todo porque, al hacerlo, las autoras han dejado decantar —de la multiplicidad y singularidad de experiencias retratadas— una constante: la imperiosa necesidad de la palabra que enuncie una verdad y la obligada inscripción de esa palabra en el espacio público. Dicho de otro modo, han dejado decantar la dimensión inevitablemente política de las verdades reclamadas. Y es allí donde nos interpela.

Hijos de los 70: una fotografía audaz de la polifónica herencia filial de aquella tragedia, la de los setenta, que funciona, a la vez, como su calidoscopio más hiriente.

Vera Carnovale
(CeDInCI/UNSAM- CONICET)

Normas para el envío de originales

Invitamos a enviar artículos y reseñas originales para su publicación en **Políticas de la Memoria**. Los textos enviados deberán ser inéditos y no ser sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.

Políticas de la Memoria publica trabajos que contribuyan al estudio y reflexión de los debates actuales en torno a los estudios sobre:

- » historia intelectual e historia de las ideas;
- » las izquierdas y los movimientos sociales en la Argentina y en el mundo;
- » las teorías críticas y emancipatorias; y
- » las políticas de archivo, preservación y representación de la memoria colectiva, desde diversas tradiciones disciplinares.

Las contribuciones recibidas serán evaluadas en una primera instancia por el Comité Editorial y en una segunda instancia por evaluadores externos. Del mismo modo, este comité se reserva el derecho de solicitar contribuciones o reseñas bibliográficas a especialistas cuando lo considere oportuno.

Por otra parte, sólo se considerarán los artículos y reseñas enviados a este Comité que se ajusten a las normas de publicación que se detallan a continuación. El orden de publicación de las contribuciones aceptadas será establecido por este Comité y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

Normas generales de presentación de los trabajos

- Los trabajos serán enviados a la siguiente dirección:
politicadela memoria@cedinci.org
El texto debe presentarse en letra Times New Roman, tamaño 12, espaciado 1 ½.
- En la primera página del trabajo deberá constar:
Título y nombre completo de autora/autor.
 - » Las aclaraciones acerca del trabajo (agradecimientos, mención de versiones previas, etc.) se indicarán mediante nota al pie al final de la primera oración del artículo.
 - » La adscripción institucional de autora/autor se indicará mediante asterisco en el nombre, remitiendo a pie de página.
- En la última página del trabajo deberá incluirse un resumen de contenido en castellano y en inglés, de entre 120 y 150 palabras, seguido de tres a cinco palabras clave en castellano y en inglés.
- Extensión (en caracteres con espacio)
Artículos: entre 20.000 y 50.000 caracteres;
Introducciones a Documentos inéditos: hasta 20.000 caracteres.
Reseñas críticas: hasta 7.000 caracteres.

e) Sistema de citas

- » **Sistema cita-nota:** las referencias de las citas deberán estar enumeradas de manera correlativa en el cuerpo del texto, y colocadas las referencias al pie de página del documento.

A continuación detallamos las especificaciones formales (orden, tipo de letra y puntuación):

- » **Libros:** nombre del autor, apellido, **título**, lugar de edición, editorial, fecha de publicación, volumen o tomo. Ej.: Mike Hammersley y Peter Alkinson, **Etnografía**, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- » **Artículos de revistas y periódicos o capítulos de libro:** Nombre del autor, apellido, "título del texto", nombre y apellido del/a compilador/a o editor/a del libro o revista, **nombre del libro o revista**, editorial, lugar de edición, número de revista, tomo, volumen y páginas del capítulo o artículo citado, fecha de publicación. Ej.: Robert Stake: "Case Studies", en Norman Denzin (ed.) **Hanbook of Qualitative Research**, London, Sage Publication, 1994.

f) No es necesario listar nuevamente la bibliografía al final, excepto si se consulta bibliografía no citada en el texto («Bibliografía consultada»).

g) **Se solicita además utilizar:**

- » Negritas (bold) para títulos de libros o publicaciones periódicas (**Clarín, Ficciones**)
- » Itálicas sólo para enfatizar conceptos y para palabras extranjeras (*tertium datur*)
- » Comillas tipográficas "xxx" (y no "xxx"). En caso de entrecorillado dentro de citas usar comillas simples ("xxx 'xxx' xx")
- » Guiones cortos para palabras compuestas (político-social), y
- » Guiones largos para frases interpoladas —xxx— (control + alt + -)
- » Numerales: 1º, 2ª (y no 1ro. ni 2da.)
- » nº en vez de Nº

NO USAR subrayados, espaciados a fuerza de golpes del pulgar en el espaciador así como todas las formas tipográficas propias de la máquina de escribir.